

LA BIBLIA

Latinoamerica

Quito, a 26 de enero de 1989

PUEDE IMPRIMIRSE.



A. González
Antonio J. González E.,
ARZOBISPO DE QUITO
PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL
ECUATORIANA

© Bernardo Hurault y Ramón Ricciardi - 1972
Sociedad Bíblica Católica Internacional - Roma

Nilai Obstat

Alfonso Zimmerman C. ss. R.

Imprimatur

Manuel Sánchez B.

Arzobispo de Concepción - Chile

Coeditat

SAN PABLO

Protasio Gómez, 15 * 28027 MADRID

EDITORIAL VERBO DIVINO

Av. de Pamplona, 41 * 31200 ESTELLA (Navarra)

Imprime

Artes Gráficas Carasa S.A.

León, 80 - Pol. Ind. Cobo Calleja - Fuenlabrada (Madrid)

Encuadema

Encuadernación Gómez Aparicio S.A.

Astorga, 29 - Pol. Ind. Cobo Calleja - Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN (San Pablo): 84-285-0769-4 (rúst.) - 84-285-0003-7 (tela)

ISBN (Verbo Divino): 84-7151-263-7 (rúst.) - 84-7151-134-7 (tela)

Traducida, presentada
y comentada
para las comunidades
cristianas
de Latinoamérica
y para los que buscan a Dios

Diagramación e ilustración
Hernán Rodas

Texto íntegro
traducido del hebreo
y del griego

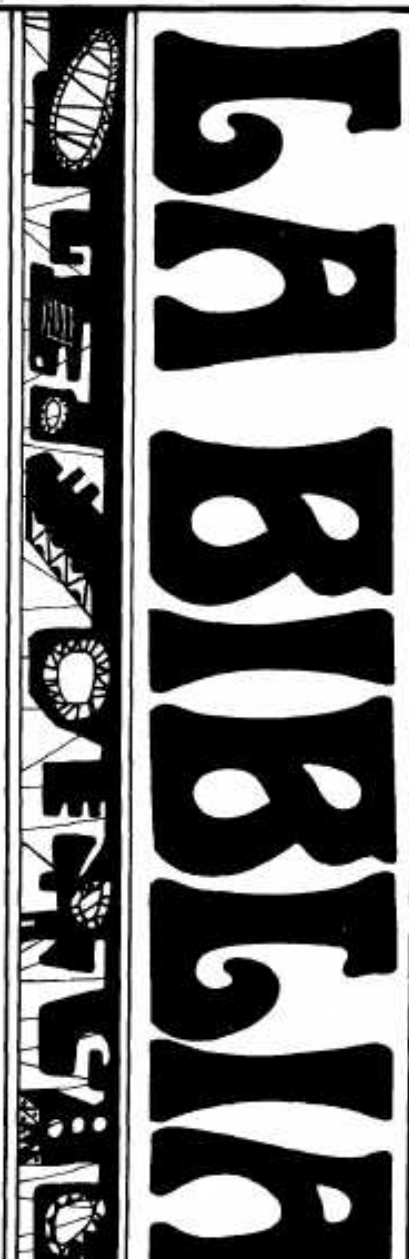
LXXXVI edición



SAN PABLO



EDITORIAL VERBO DIVINO



¡JESUS HA RESUCITADO!

Ustedes que abren la Biblia, busquen a Jesús. La Biblia no es un libro para solamente rezar, o para instrucción nuestra. La Biblia es Palabra de Dios para comunicarnos la vida.

En el centro de la Biblia está la Cruz de Jesús y su Resurrección. Ustedes que siguen un camino difícil y no divisan la luz al fin del túnel, aprendan de la Biblia que están caminando hacia la Resurrección. Y entiendan quién es, para ustedes, Jesús resucitado.

La Biblia...

La Biblia no ha caído del cielo. Aquí están libros que no se proclamaron desde las nubes, con algún parlante celestial, sino que se reunieron pacientemente a lo largo de siglos en el seno del Pueblo de Dios, gracias a la fe de sus minorías más conscientes.

Durante unos 18 siglos, desde Abraham hasta Jesús, el pueblo de Israel descubrió, cada vez con mayor lucidez, que el Dios Único se había ligado a él. Las experiencias de la comunidad nacional, los llamados de esos hombres, llamados profetas, que hablaban de parte de Dios, las inquietudes que se desarrollaban entre los creyentes: todo esto pasó de una que otra manera a esos libros. Y fueron los responsables religiosos de Israel los que recibieron, escogieron y acreditaron estos libros, integrándolos al Libro Sagrado.

Así se formó el **Antiguo Testamento** de la Biblia. **Testamento** se refiere a que estos libros eran como la herencia más preciosa entregada por Dios a su pueblo escogido.

Después de tantas experiencias, llegó para el pueblo de Israel un tiempo de crisis en que Dios quiso llevarlos de una vez a la madurez de la fe. Para eso vino Jesús. Con él se llevó a cabo la experiencia más trascendental de toda la historia. Jesús, sus esfuerzos para salvar al pueblo judío de una destrucción inminente, su rechazo, su muerte y, luego, su Resurrección: ésta fue la última palabra de Dios.

La trayectoria de Jesús originó la predicación de la Iglesia y los libros que en ella se escribieron. Aquellos libros que fueron aprobados por los responsables de la Iglesia pasaron a integrar el **Nuevo Testamento**.

... y la Tradición

Los libros de la Biblia no entregan su mensaje sino al que viene a compartir la experiencia de la comunidad en que se originaron estos libros. Hay una manera de entender la Biblia que es propia del pueblo de Dios: es lo que llamamos la Tradición del pueblo de Dios. Jesús recibió de su propia familia y de su pueblo esta tradición. Luego, enseñó a sus apóstoles una nueva manera de comprender esta historia sagrada: por eso se habla de la Tradición de los apóstoles o de Tradición de la Iglesia.

Para entender bien la Biblia, no podemos fiarnos de cualquier predicador que la

¿POR DONDE EMPEZAR LA LECTURA DE LA BIBLIA?

Lo más sencillo es empezar con el Evangelio, en que nos encontramos directamente con Cristo, que es la Luz, la Verdad y «La» Palabra de Dios.

Por supuesto, las páginas del Antiguo Testamento contienen enseñanzas muy importantes. Sin embargo, el que las lee después de haber oído a Cristo las comprende mejor y les encuentra otro sabor.

Algunos suelen abrir la Biblia a la suerte y consideran que el párrafo encontrado primero les dará precisamente la palabra que necesitan en ese momento. Bien es cierto que Dios puede contestar así sus inquietudes, pero nunca se comprometió a comunicarse con nosotros de esta manera.

En todo caso conviene haber leído, una vez por lo menos, en forma seguida, cada uno de los libros del Nuevo Testamento. Lo bueno es empezar con el Evangelio: léase al respecto la «Introducción a los Cuatro Evangelios», al comienzo del Nuevo Testamento.

El Nuevo Testamento comprende

LOS CUATRO EVANGELIOS. La palabra Evangelio significa la Buena Nueva. Estos son los libros en que los apóstoles de Jesús escribieron lo que habían visto y aprendido de él.

Luego viene el libro de los **HECHOS DE LOS APOSTOLES**, escrito por Lucas, el mismo que escribió el tercer Evangelio.

Luego vienen más de veinte **CARTAS** que los apóstoles dirigieron a las primeras comunidades cristianas.

El Antiguo Testamento comprende

LOS LIBROS HISTORICOS. Aquí vemos la actuación de Dios para libertar a un pueblo que quiere hacer que sea su pueblo. Lo vemos educar a ese pueblo y dar un sentido a su historia nacional. En estos libros se destacan:

El Génesis. El Exodo. El Deuteronomio. Los libros de Samuel.

LOS LIBROS PROFETICOS. Dios interviene en la historia por medio de sus profetas, encargados de transmitir su palabra.

LOS LIBROS DE SABIDURIA destacan la importancia de la educación y del esfuerzo del individuo para llegar a ser un hombre responsable y un creyente.

PARA MANEJAR EL PRESENTE LIBRO

Cada libro de la Biblia se divide en **capítulos**. Cada capítulo se divide en **versículos**. Habitualmente se cita el libro en forma abreviada. Por ejemplo, **Mt** significa Evangelio según Mateo. Estas abreviaciones están indicadas en el índice.

Los capítulos son indicados con cifras muy grandes al comienzo de un párrafo. Los versículos son indicados con números pequeños en el margen.

Para indicar un lugar de la Biblia se da primero el capítulo, y, después, el versículo. Por ejemplo, **Jn 20,13** significa Evangelio de Juan, capítulo 20, versículo 13. **Lc 2,6-10** significa: Evangelio de Lucas, capítulo 2, del versículo 6 al 10.

El texto de la Biblia está todo en la parte superior de la página. Debajo pusimos el comentario con una letra diferente. Los signos ○ + ■ ◇ permiten ver a qué párrafo del texto se refiere el comentario.

Usamos una letra cursiva:

— En el Nuevo Testamento, para las frases que son citas sacadas del Antiguo Testamento. Por ejemplo, en Mt 26,31, el evangelista cita una frase del profeta Zacarías 13,7.

¿QUE HUBO EN EL MUNDO ANTES DE LA BIBLIA?

Cuando Dios llamó al antepasado de Cristo, Abraham, hacia largo tiempo que existía el mundo.

Damos a continuación algunos datos sobre la manera como aparece este pasado del universo, a la luz de la ciencia moderna, la cual tiene todavía mucho que descubrir.

La edad de la creación

La Tierra no es más que un grano de arena en el universo: un pedacito de sol enfriado.

El rayo de luz, recorriendo el espacio a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, necesita poco más de un segundo para llegar de la Tierra a la Luna. Para llegar del Sol a la Tierra demora ocho minutos.

Otros planetas semejantes a la Tierra giran como ella en torno al Sol. Algunos, Marte, por ejemplo, más pequeños; otros más grandes que ella. El rayo de luz salido del Sol llega después de siete horas al planeta más alejado, Plutón, y con él termina el dominio del Sol, a siete mil millones de kilómetros de éste, lo que significa nada más que un salto de pulga en el universo.

El Sol es una estrella como las otras, infinitamente distante de sus vecinas. De manera que el rayo del Sol llega a la estrella más cercana después de tres años.

Por todos lados hay estrellas. Algunas más pequeñas que el Sol, otras mucho más grandes. Son otros tantos hornos atómicos cuyo calor en su centro es increíble. Algunas se han enfriado, como la tierra, y han cesado de brillar.

Como la tierra y los planetas se mueven alrededor del Sol, así también las estrellas se mueven las unas con respecto a las otras, agrupadas en familias, o poblaciones, algunas veces en grupos de diez mil o más. Cuando decimos «agrupadas», esto no quita que todavía estén separadas por distancias enormes.

Visto de muy lejos, el Sol y algunos millares de millones de estrellas que lo acompañan no serían más que puntos imperceptibles; su conjunto, sin embargo, aparecería como una nube luminosa achatada, algo como un disco o una rueda. Este pequeño universo que el rayo de luz recorre de un extremo a otro en 300.000 años se llama La Galaxia.

¿Hemos llegado al extremo del mundo? Todavía no; solamente recorrimos un pequeño sector. Muy lejos de este universo, o sea, esta Galaxia, existen otras. Los especialistas afirman que su número total alcanza por lo menos a quinientos millones de galaxias, algunas más grandes, otras más pequeñas que la nuestra.

Este universo cambia a cada momento. Las galaxias se alejan unas de otras con velocidades de millares de kilómetros por segundo. Estrellas, polvo espacial, agregados de materia, el mundo entero parece ser los pedazos lanzados por una gigantesca explosión. Los sabios se atreven a fijar aproximadamente la fecha en que pudo haber estallado esta superbomba atómica: como diez a veinte mil millones de años atrás.

Esta sería la edad de la creación.

Una creación que no ha terminado

Durante siglos la mayoría de los hombres pensaron que Dios había creado todo al comienzo y después el mundo se había guardado más o menos igual. Había puesto el Sol, la Tierra, las estrellas cada uno en su lugar, y seguían dando vueltas siempre

sabemos que no es así, sino que la creación de Dios se hace de a poco y se van formando especies nuevas.

Podemos tomar comparación del niño que crece. Es creatura de Dios al nacer. Pero crece, se instruye, se hace hombre. Estando hombre será muy diferente de lo que cuando niño. Pero todavía es la creatura de Dios y es él que le dio de crecer.

Pasa igual con la gran familia de los vivientes. Dios no creó al comienzo los seres que ahora conocemos. Hace mil millones de años, el mundo de los seres vivientes era un mundo «niño» con plantas y animales primitivos que hoy no existen. No existían animales con cuatro patas, ni aves, y por supuesto no había hombres. Pero de ellos nacieron por una serie de transformaciones y crecimientos otros seres vivientes, los que hoy conocemos y que componen un mundo de los seres vivos mejor organizado, más desarrollado que el del comienzo.

Así, pues, no hubo «una» creación, sino que la creación empezada iba a proseguir su camino con las fuerzas que Dios había puesto en ella. Es ésta la historia que vamos a resumir en algunas líneas.

La subida de los seres vivientes

Hace mil o dos mil millones de años, cuando la tierra estaba todavía caliente, envuelta en espesas nubes de donde caían sin cesar aguaceros hirvientes, los primeros seres vivientes aparecieron en los mares. Eran seres minúsculos, como microbios, y que apenas hubieron aparecido, se multiplicaron y se transformaron.

Dios no había creado una colección de seres vivientes destinados a reproducirse siempre idénticos. Dios estaba creando la Vida, y la Vida se desarrollaba. No era solamente la lucha para sobrevivir la que hacía desaparecer a los más débiles y permanecer a los mejor armados. No era solamente la casualidad la que hacía brotar en cada especie seres con caracteres distintos de sus antepasados. En la materia viviente actuaban fuerzas espirituales, creando en cada especie órganos nuevos, tratando de solucionar de mil maneras distintas cada problema: órganos para ver, oír, sentir, correr, nadar, volar.

Siendo la Vida obra de un Dios libre e inteligente, esta Fuerza incontenible buscaba las herramientas que permitirían al animal ser más libre y más inteligente. La herramienta más eficaz fue el cerebro. Los seres más primitivos solamente tenían algunos núcleos de nervios, pero en una de sus familias se formó un verdadero centro de mando: el cerebro. A lo largo de quinientos millones de años el cerebro ya creado se fue perfeccionando. Aparecieron nuevas especies que tenían el cerebro más grande y mejor organizado. Después de los reptiles aparecieron los mamíferos, y dentro de éstos los «antropomorfos», o sea, animales de forma humana, algunos de los cuales existen todavía y forman el grupo más destacado entre los monos. Y estos **antropomorfos**, llevados por las fuerzas creadoras al servicio del plan divino, progresaron en tal forma que su cerebro y su cuerpo ya pudieron ser los de un ser libre e inteligente.

Hace unos tres millones de años atrás apareció una raza ya bien parecida al hombre actual: éstos ya sabían tallar las piedras, en forma muy rudimentaria. Luego, como un millón de años atrás, el famoso Pithecántropo, había vencido el temor al fuego propio de los animales, y lo usaba. ¿Era éste hombre verdadero, o sea, dotado de razón y libertad? No lo sabemos con certeza.

Pero luego se presentaron razas muy semejantes a las nuestras. A partir de unos 70.000 años antes de Cristo se multiplicaron los signos de una creatividad continua: progreso en las técnicas, preocupación por enterrar a los muertos, comienzos del arte. ¿Cómo había surgido el hombre verdadero, o sea, cómo había empezado a ser una persona libre, animada por un espíritu a imagen de Dios y por tanto inmortal como es él? Nadie puede decirlo. Este hombre era la obra de Dios en forma muy

Los primeros pasos del hombre

Durante largos siglos, el hombre no cambió mucho la faz del mundo. Su espíritu llevaba la imagen de Dios, pero su cuerpo y su manera de vivir apenas lo diferenciaban de esos antropomorfos de los que había salido (no digamos «había nacido», pues realmente su personalidad nace de Dios). Familias, grupos humanos, vivían en estado primitivo, se alojaban en cavernas, cazaban en la selva, semejantes a algunas tribus que permanecen hasta hoy.

Lentamente el hombre inventaba su lenguaje, hacia armas y herramientas. No se interesaba solamente por lo útil y lo visible. Era un artista. En las cavernas y grutas, debajo de la tierra donde celebraba sus ritos mágicos, pintaba en la pared, lejos de la luz del día, los animales que deseaba cazar; hoy todavía nos admiramos de su genio artístico.

El hombre era un **ser religioso**. Enterraba a sus difuntos con ritos destinados a asegurarles una vida feliz en otro mundo. Siendo creado a la imagen de Dios, su inteligencia pensaba instintivamente que continuaría viviendo después de la muerte. Por primitivo que fuera, este hombre tenía una conciencia, podía amar, y descubría algo de Dios, de acuerdo con su capacidad. Pero sus comienzos habían sido marcados profundamente por la violencia y los instintos egoístas comunes a todos los seres vivos: el pecado estaba en él.

Las primeras civilizaciones

Hace unos 10.000 años, un cambio se preparó en la humanidad. Los hombres se agruparon en mayor número en las llanuras fértiles. En algunos siglos descubrieron la manera de cultivar la tierra, de criar el ganado, de modelar y cocer la greda. Se levantaron aldeas, que se unieron para defenderse y aprovechar mejor los recursos de la tierra. La primera civilización había nacido.

Después todo se hizo muy rápido. Sobre la tierra aparecieron cinco centros de civilización.

Tres mil quinientos años antes de Cristo, en el sector geográfico llamado Medio Oriente, y donde nacería el pueblo de la Biblia, se formaban dos imperios. Uno era Egipto, el otro Caldea, país de donde saldría Abraham siglos más tarde. Caldea hizo un sistema perfeccionado de riego, construyó con tabiques cocidos, inventó un sistema de escritura, tuvo leyes y administración centralizada. Egipto también tenía esos adelantos: construía templos grandiosos para sus dioses y levantaba las Pirámides para tumba de sus faraones.

También en China y en India, como veinte siglos antes de Cristo, y en Centro-América, diez siglos antes de él, nacieron otras civilizaciones. Las de Centro-América, China e India se desarrollaron por separado, ya que en este tiempo era muy difícil recorrer los continentes.

En cambio, en el Medio Oriente, Caldea y Egipto tenían relaciones entre ellos y el camino que llevaba del uno al otro pasaba por un país pequeño, que se llamaría más tarde Palestina. El progreso material no bastaba para conducir al hombre a la verdad y a la justicia. Basta recordar que los ambientes más cultos de esos dos países eran los sacerdotes de ídolos, que la esclavitud era considerada cosa normal y que la mujer era la servidora del hombre.

La partida de Abraham

Dieciocho siglos antes de Cristo varias tribus nómadas partieron con sus rebaños de Caldea para ir a vivir en Egipto. Dentro de las que así tomaban el camino de Egipto estaban unas familias bien insignificantes, cuyo jefe se llamaba Abraham. Para él, sin embargo, la marcha tenía mayor significación: Dios le había llamado.

INDICE DEL EVANGELIO

Ponemos en letra negra la referencia al texto del Evangelio que va con un comentario

	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
Un ángel anuncia el nacimiento de Juan Bautista			1,5	
La Anunciación a María			1,26	
Maria visita a su prima Isabel			1,39	
Primeros pasos de Juan Bautista			1,57	
Jesús nace en Belén			2,1	
Jesús es presentado en el Templo			2,21	
Primera iniciativa del joven Jesús			2,41	
Los antepasados de Jesús	1,1		3,23	
Jesús nace de una madre virgen	1,18			
Del Oriente vienen unos Magos	2,1			
La huida a Egipto	2,13			
Juan Bautista	3,1	1,1	3,1	
Predicación de Juan: penitencia	3,7		3,7	
Juan presenta a Jesús	3,11	1,7	3,15	1,19
Jesús recibe el bautismo de Juan	3,13	1,9		
Jesús es tentado en el desierto	4,1	1,12		
Jesús y sus primeros discípulos				1,35
El primer milagro: las Bodas de Caná				2,1
En Nazaret Jesús proclama su misión	4,12			
Jesús llama a sus primeros discípulos	4,18	1,14		
En Cafarnaúm Jesús sana a un endemoniado		1,21	4,31	
Curaciones en Cafarnaúm	8,14	1,29	4,40	
Oración nocturna de Jesús		1,35	4,42	
La pesca milagrosa			5,1	
Curación de un leproso	8	1,40	5,12	
El paralítico sanado y perdonado	9,1	2,1	5,17	
El sirviente del capitán	8,5		7,1	4,46
Jesús llama al publicano Leví	9,9	2,13	5,27	
El vino nuevo en vasijas nuevas	9,14	2,18	5,33	
El hombre de la mano seca	12,9	3,1	6,6	
Los doce apóstoles de Jesús	10,1	3,13	6,12	
Las Bienaventuranzas	5,1		6,20	
Sal y luz de la tierra	5,13		12,34	
Una Ley más perfecta: la reconciliación	5,17			
No comeréis adulterio	5,27			
No jurarás en falso	5,33			
Amar a todos los hombres	5,38		6,27	
Hacer el bien sin decirlo	6,1			
La manera de orar	6,5			
El Padre nuestro	6,9	11,25	11,1	
No amontonen riquezas	6,19			
La lámpara y la conciencia	6,22		11,34	
Confiar en Dios y no en el dinero	6,24		16,13	
La viga y la paja	7,1		6,37	
Pidan y recibirán	7,7		11,9	
La puerta angosta	7,13		13,23	
El árbol se conoce por sus frutos	7,15		6,41	
La casa edificada sobre la roca	7,21		6,47	
Jesús y Nicodemo				3,1
Último testimonio de Juan Bautista				3,22
Jesús y la samaritana				4,1
El paralítico de la piscina de Betesda				5,1
Jesús resucita al hijo de la viuda			7,11	

Indice del Evangelio

10

	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
Las mujeres que siguen a Jesús			8,1	
La verdadera familia de Jesús	12,46	3,31	8,19	
El pecado contra el Espíritu	12,25	3,23	11,17	
			12,10	
La comparación del sembrador	13,1	4,1	8,4	
La semilla que crece por sí sola		4,26		
El trigo y la hierba mala	13,24			
El grano de mostaza; la levadura	13,31	4,30	13,18	
El tesoro, la perla, la red	13,44			
Jesús calma la tempestad	8,18	4,35	8,22	
El endemoniado de Gerasa	8,28	5,1	8,26	
Jesús resucita a la hija de Jairo	9,18	5,21	8,40	
¿No es éste el carpintero?	13,53	6,1	4,16	
Jesús envía a los Doce	10,5	6,7	9,1	
A ustedes los perseguirán	10,16		12,2	
No vine a traer la paz	10,34		12,51	
El que ama a su padre más que a mí	10,37		14,26	
La muerte de Juan Bautista	14,1	6,14		
Primera multiplicación de los panes	14,13	6,34	9,10	6,1
Jesús camina sobre las aguas	14,22	6,45		6,16
Discurso sobre el pan de vida				6,30
La verdadera pureza	15,10	7,1	6,39	
Jesús sana a la hija de una pagana	15,21	7,24		
Curación de un sordomudo		7,31		
Segunda multiplicación de los panes	15,32	8,1		
¿Por qué piden una señal?	12,38	8,11	11,29	
Las señales de los tiempos	16,1		12,54	
El ciego de Betesda		8,22		
¿Ustedes también quieren dejarme?				6,59
La fe de Pedro y las promesas de Jesús	16,13	8,27	9,18	
Jesús anuncia su pasión	16,21	8,31	9,22	
El que me siga, tome su cruz	16,24	8,34	9,23	
La Transfiguración	17,1	9,1	9,28	
La vuelta de Elías	17,9	9,11		
Jesús sana al joven epiléptico	17,14	9,14	9,37	
Jesús paga el impuesto del Templo	17,9	9,11		
Si alguno quiere ser el primero	17,24			
Los pequeños y el escándalo	18,1	9,33	9,46	
Cómo conviven los hermanos en la fe	18,6	9,42	17,1	
El que no perdonó a su compañero	18,15		17,3	
Vimos a uno que echaba a los demonios	18,23	9,38	9,49	
No quieren acoger a Jesús en un pueblo			8,51	
Las exigencias del maestro	8,19		9,57	
Jesús envía a los setenta y dos	9,37		10,1	
¡Pobre de ti, Corozaim!	11,21		10,13	
Jesús da gracias al Padre	11,25		10,17	
Canguen con mi yugo	11,27			
El buen samaritano			10,29	
Marta y María			10,38	
Jesús nos enseña cómo orar			11,4	
¡Feliz aquella que te dio a luz!			11,27	
Jesús critica a los de su generación	12,38		11,29	
No está la vida en el poseer			12,13	
Estén prevenidos	24,43		12,32	
La higuera que no tiene figos			13,1	
Curación en día sábado			13,10	
Los primeros asientos			14,7	
Los invitados que se excusan			14,15	
Lo que cuesta seguir a Jesús	10,37		14,25	
La oveja perdida	18,12		15,1	
El hijo pródigo			15,11	
El administrador astuto			16,1	
La cena de despedida			16,10	

11

Indice del Evangelio

	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
Acerca de la venida del Reino de Dios	24,26		17,20	
El juez malo y la viuda			18,1	
El fariseo y el publicano			18,9	
El matrimonio y el divorcio	19,1	10,1		
La continencia por el Reino	19,10			
Dejen que los niños vengan a mí	19,13	10,13	18,15	
El joven rico	19,16	10,17	18,18	
Más fácilmente pasará un camello	19,23	10,23	18,24	
La recompensa de los que siguen a Jesús	19,27	10,28	18,28	
Los que fueron a trabajar a la viña	20,1			
Santiago y Juan piden los primeros puestos	20,20	10,35		
El ciego Bartimeo, de Jerico	20,29	10,46	18,35	
Zaqueo			19,1	
Las diez monedas	25,14		19,11	
La mujer adúltera				8,1
Jesús sana a un ciego de nacimiento				9,1
Yo soy el buen Pastor				10,1
La resurrección de Lázaro				11,1
Los jefes judíos deciden la muerte de Jesús				11,45
La cena en Betania	26,6	14,1		12,1
Jesús entra en Jerusalén	21,1	11,1	19,28	
Jesús expulsa del Templo a los vendedores	21,12	11,15	19,45	2,13
Jesús maldice la higuera	21,18	11,12	13,6	
El poder de la fe	21,20	11,20		
¿Con qué autoridad lo haces?	21,23	11,27	20,1	
La parábola de los dos hijos	21,28			
Los viñadores asesinos	21,33	12,1	20,9	
Un rey celebra las bodas de su hijo	22,1			
El impuesto para el César	22,15	12,13	20,20	
¿Resucitan los muertos?	22,23	12,18	20,27	
El mandamiento más importante	22,34	12,28	10,25	
Cristo, ¿hijo de David?	22,41	12,35	20,21	
La ofrenda de la viuda		12,41	21,1	
No imiten a los maestros de la Ley	23,1	12,38	20,45	
Contra los fariseos	23,13		11,39	
Lamentación sobre Jerusalén	23,37		13,34	
Destrución de Jerusalén y fin del mundo	24,1	13,1	21,8	
Estén preparados y vigilando	24,37	13,33	21,34	
Parábola de las diez jóvenes	25,1			
Parábola de los talentos	25,14			
El juicio de las naciones	25,31			
Si el grano no muere				12,20
La última Cena	26,17	14,12	22,1	
Jesús lava los pies de sus discípulos				13,2
Yo voy al Padre				14,1
Yo soy la vid				15,1
El mundo odia a Jesús y a los suyos				15,18
El Espíritu vendrá				15,26
Dentro de poco me verán				16,16
Oración de Jesús por el Pueblo Santo				17,1
En el huerto de Getsemaní	26,26	14,32	22,39	
Jesús comparece ante las autoridades judías	26,57	14,55		18,12
Negación de Pedro	26,69	14,66	22,56	18,25
Muerte de Judas	27,3			
Jesús comparece ante Pilato	27,11	15,2	21,2	18,28
El vía crucis	27,27	15,16		
Jesús es crucificado	27,35	15,23	23,32	19,17
Últimas palabras de Jesús	27,45	15,33	23,33	19,25
Jesús ha resucitado	28,1	16,1	24,1	20,1
Los discípulos de Emaús			24,13	
La cena de Pascua			24,34	

LA ENSEÑANZA BIBLICA

El Antiguo Testamento: DIOS EDUCA A SU PUEBLO

1. Dios Creador. Dios de todos los hombres	10	El universo es obra de Dios: Gén 1; Is 44,24; Sal 8,4; 18,2; 32,6. Dios Creador de los Cielos y de la tierra: Gén 1,1; Gén 14,9; 22. Dios crea de la nada: 2 Ma 7,28.
	11	Dios crea con Sabiduría: Sal 104,24. Dios crea mediante su Sabiduría: Pro 8,22; Sab 8,6; Sir 24,9; o mediante su Espíritu: Sal 33,6; 104,30; Jdt 16,14. Dios crea con peso, número y medida: Sab 11,20.
		Los apóstoles descubren que esta Sabiduría es el Verbo o Hijo de Dios: Jn 1,3; Col 1,16. Por el Dios dispone el desarrollo de la historia: Heb 1,2. Dios hace madurar la creación infundiéndole su Espíritu: Sab 1,1-7; Sab 10,11,20,12,2.
	12	Dios nos ha creado en su Hijo: nos hace hijos «en él»: Gál 3,26-29; 4,4-7. El 1,3-4. Y da vida a la persona humana con su palabra y su Sabiduría: Dt 8,3; Pro 8,1-21; Lc 1,50-55. Ejemplos en Ex 3; Jue 6; 1 R 19,6-8; Is 6,8; Jer 15,19-21. Ver también 153-156.
	13	El universo alaba a su Creador: Sal 18,2; 148; Ba 3,34; Dn 3,56-80.
	14	Dios gobierna el universo: Sal 33; 96; Ap 4,1-10. Dirige los acontecimientos para nuestro bien: Mt 6,31; Lc 12,5-7; Jn 16,23; Rom 8,28. Dios cuida de todas sus criaturas: Sal 104; Jonás 4,11; Sab 11,23-26.
	15	En el desarrollo del universo y la ejecución de los planes divinos intervienen criaturas espirituales llamadas ángeles: Za 1; Ex 23,23; Tobías; Dn 3,49; 9,11.
	16	Dios ha bendecido la humanidad y su desarrollo: Gén 1,28. Renova su bendición después del pecado: Gén 8,21; 9. Es Dios de todos los pueblos: Dn 3,33; Mai 1,11; y salvador de todos: Jn 4,11.
	17	Dios castiga los pecados de los hombres (Ex 7-10), pero nunca deja de querer a los hombres: Gén 8,21.
	18	Dios da signos a todos los hombres (He 14,17; Mt 2,1) y también les da profetas para interpretar esos signos: Núm. 22-24; 1 Sam 6; Jonás. Hay santos fuera del pueblo de Dios: Henoc (Gén 5,23), Melquisedec (Gén 14,18), Job y Daniel (Ex 14,14).
	19	Sin embargo, para llevar a cabo su obra de salvación, no desde afuera, sino dentro del marco de la historia, y respetando las etapas necesarias, Dios se elige un pueblo suyo mediante el cual sus promesas llegarán a todos los pueblos: Gén 12,3; Gál 3,8 y 14. Ver 37.
2. Dios concede a Abraham su Alianza	20	Primer paso de la Historia Sagrada: Dios llama a Abraham: Gén 12,1. El llamado de Dios a Abraham incluye una doble promesa: él le dará una descendencia (Gén 15,4; 18,10) y una tierra: Gén 12,7.
	21	Dios hace una Alianza con él. En adelante será el Dios de Abraham y sus descendientes para siempre: Gén 15,18; 17,7; Is 51,2.
	22	Esta Alianza hace de Abraham (y sus descendientes) el servidor de Dios y su obra en este mundo, para que la bendición de Dios llegue a todas las naciones: Gén 12,3; 28,14.
	23	En varias oportunidades Abraham demuestra su fe en las promesas de Dios, para el cual nada es imposible: Gén 15,1-6; 22.
	24	Dios deja en claro que se siente agradecido por la fe de Abraham (Gén 15,6) y por su obediencia (Gén 22,26 y Sgo 2,21) más que por el cumplimiento de cualquier práctica religiosa (Rom 4,3-4 y 4,19-22).
	25	La fe de Abraham lo hace amigo de Dios: Is 41,8; Dn 3,35; Sgo 2,23; y que vive con Dios más allá de la muerte: Lc 20,38.
	26	Por su fe Abraham pasa a ser persona que cuenta a los ojos de Dios y es tomado en cuenta cuando él tome sus decisiones: Gén 19,17-33; Is 41,9; 43,1; 49,4.
	27	La fe de Abraham indica el camino que, en adelante, se impondrá a todos los hombres para recibir las promesas de Dios: la fe en las promesas de Dios (Rom 4,20) el que puede incluso resucitar a los muertos: Heb 11,17-19.
	28	La Alianza con Abraham es confirmada a sus descendientes (Gén 28,10; 32,23; 49,28). Pero dicha alianza sigue siendo un favor de Dios y que se transmite, no a todos sus hijos por derecho de familia, sino a los que Dios designa: Gén 21,12; 25,23; Rom 9,6-13.
3. Moisés y el Exodo. El Dios Libertador y Justo	30	Dios ve las humillaciones de su pueblo en Egipto (Ex 2,24 y 3,7) y se acuerda de su Alianza con Abraham (Ex 2,24 y 3,16). Dios llama a Moisés (Ex 3,1 y 6,28) para liberar a Israel.
	31	En la cultura hebrea, el que libera una cosa o una persona es el que la educa.

32	El Dios que libera a Israel le enseña su propio Nombre, o sea, algo de su misterio. Nombre con el que Israel lo invocará: Ex 3,14-15.	
	Yavé: Yo Soy. Ver com. de Ex 3,1 y Jn 8.	
	Yavé. El que Es. El que hace existir, el Dios que se fija en lo que no es y no cuenta, para humillar a los que se creen: 1 Sam 2,4-8; Sal 113,7; Rom 4,17; 1 Cor 4,17. Ver com. de Ex 3 y 4.	
	Yavé es el Dios Único (Dt 6,4), al que no se puede figurar sin bajarlo (Ex 20,4), totalmente diferente de todo lo que puede imaginarse y forjar el hombre, o sea, de todo lo que se puede ver (Dt 4,12) y solamente por su palabra lo conocemos (Dt 4,12; Jn 5,38). Contra las imágenes: Dt 4,15 y com. de Is 46,5 y Ba 6.	
34	Dios es Santo (Am 4,2; Os 11,9). La santidad significa vitalidad irresistible, pero muy interior, energía que devora y a la vez da vida. Dios es Santo, y Santo es su Nombre (Am 2,7; Lev 20,3; Is 57,15). Nadie puede soportar su presencia cuando se acerca (Ex 19,16; Is 6,1). El hombre no lo puede ver; Ex 3,2 y 33,20; Jn 1,18; Col 1,15; 1 Tim 1,17; com. de Gén 16,1. El hombre no puede juzgar sus actuaciones: Is 40,21; Ez 18,29; Job 38 y 42; Rom 11,33; 1 Cor 2,9.	
	Dios es Celoso (Ex 20,5): no soporta que un extraño venga a profanar aquello que eligió o en que él se fijó, santificándolo por el hecho mismo (Núm 17,11). No soporta que sus empresas fracasen: Ex 36,22; Ex 32,12. No puede ceder su gloria a otro: Is 48,11. Fuego devorador y Dios celoso: Dt 4,23; Heb 12,29.	
36	Dios es Justo. Perdona el pecado, pero no lo deja sin castigo: Ex 20,5; Jue 2,13-22; 2 Sam 12; Jer 3; Os 2,3. Saca a luz los pecados: Jos 1 R 21,20; Is 22,14; 2 Ma 12,387. Dios es justo y sus mandamientos nos exigen ser justos: Ex 20,1-17. Ver 50.	
	El Dios Único, Santo, Celoso y Justo es un Dios que actúa dentro de la historia y pide a los suyos actuar en la historia, a diferencia de los otros dioses que son dioses de la naturaleza (ver com. de 1 R 17). El Dios Libertador (Ex 14,15; 16 y 17) también exige la conquista de la Tierra de Canaán: Ex 34,11-13; Núm 14 y com. de Ex 32.	
38	En adelante la religión de Israel, en vez de sólo recordar cosas del pasado, esperará nuevas liberaciones (Jue 4-6; 1 Sam 17; 2 R 18-19; 1 Ma 4; Lc 1,73; He 1,6) y se fijará nuevas metas: Is 40,42; 65-66; Za 8,20-23; Dn 7,26-27. He 1,8.	
	En el Sinaí Dios celebra una Alianza con el pueblo que será su servidor para actuar dentro de la historia: Is 49,1-9; Sal 2; Sal 149,6-9.	
39	Los hace pueblo de sacerdotes y nación consagrada: Ex 19,6; 24,3-11; 1 P 2,9. Renovación de la Alianza: Jos 8,30; Jos 24; 2 R 23,21; Ne 8. Hacia una Nueva Alianza: Jer 31,31; Ez 36,22; Mai 3,1.	
	La tradición hebrea considerará a Moisés como el primero de los profetas (Dt 18,18-20; 34,10-12). Afirma que fue el primero en conocer el verdadero rostro de Dios: Misericordioso y Clemente, rico en Amor y Fidelidad: Ex 34,1-9.	
4. Tiempo de los Reyes	A partir de David se desarrolla el profetismo en Israel. Los profetas afirman que Dios es Amor y Fidelidad, en especial en el Deuteronomio.	
	a) Los primeros profetas enseñan que Dios es Amor y Fidelidad.	
41	Amor (o Favor, o gracia) de Dios para Israel. Lo escoge sin mérito suyo: Dt 7,7-9; 10,15. Le da la Tierra (la tierra de Canaán) en herencia: Dt 4,1; 4,38; 6,10. Y lo hace hijo suyo: Dt 32,6; Os 11,1; Is 1,2.	
	Le da prosperidad en la Tierra: Dt 7,12-15; 8,18-19. Israel guardará los dones de Dios si cumple y ama a Dios: Dt 4,40; 6,10-19; 11,22-21.	
42	Si Israel falta a Dios, él le quitará prosperidad y Tierra: Dt 4,24-31; 28,15-68. Pero Dios, siempre fiel, convertirá a Israel después de castigarlo: Dt 30,1-10. Un resto de Israel se salvará: ver 1 R 19,18 y 60,69. El destino de Israel, elegido, castigado y restaurado: Dt 32. Entonces los amará: Os 14,5.	
	Amor (o Favor) de Dios a David. Le entrega el Reino y lo hace hijo suyo: 2 Sam 7,12-16. En Israel, solamente los reyes eran considerados hijos de Dios: 2 Sam 7,14; Sal 89,27-28; Sal 2,7. Por amor a David, Dios mantiene a sus descendientes: 1 R 8,25; 11,34.	
44	Por sus faltas ellos merecen que Dios los rechace: Jer 22,24. Pero él, misericordioso y fiel, establecerá nuevamente un descendiente de David: ver 60-69.	
	Fidelidad o Verdad: en hebreo es la misma palabra, y es equiparada a amén que significa «es verdad» (2 Cor 2,18-20). Toda palabra de Dios es fiel y se cumplirá: 1 R 8,26; Ne 9,33. La fidelidad de Dios con Israel no puede	

		desobediencias a la Ley de Dios (2 Crn 26,16), los profetas se fijan en las iniciativas que desmitizan el espíritu de la Alianza: 2 Cro 20,36; 2 Cro 25,15.
5. Tiempo de los Reyes	50	Amarás a Dios con todo tu corazón, toda tu alma... Dt 6,4. El amor a Dios, actitud interior, vale más que el culto : Os 6,6 y los sacrificios costosos: Mt 6,7-8; Jer 2,2.
b) Los grandes profetas hablan de Amor, de Justicia y de Humildad	51	El amor verdadero procede del conocimiento de Dios : Is 1,3; Jer 31,34; Os 2,22; Os 3,5. Conocer a Dios es reconocer su manera de actuar en los acontecimientos: Is 1,1-6; 22,8-14; 28,23-29; 30; 31,1-9; 42,18-25; Jer 6,10-16; Am 4,4-13; y escuchar a sus profetas: Is 6,9-12; 8,11-18; 41,21-29; Jer 13,15-17; Am 5,6-8; Za 7,9-12.
	52	Amor y conocimiento de Dios serán los frutos de la Nueva Alianza , interior y don de Dios: Jer 31,31; y obra del Espíritu: Ez 36,27-30; J 3,1-2; alianza de Dios con los humildes y pobres de espíritu: So 3,11.
	53	La Alianza debe tomarse en un verdadero matrimonio , Israel novia de Yavé: Is 54; 61,10; 62,1-5. Israel comparado a novia infiel: Os 2; Jer 2,3; Ez 16 y 23. Las futuras bodas en el Amor y la Fidelidad: Os 2,20-25; Jn 1,17; Ap 21,2-4; 21,9.
	54	Dios, Justo y Santo, exige la Justicia social . Volver a una sociedad igualitaria y fraterna: Jer 34,8-19. El rico es un opresor : Is 5,8-9; Mt 3,9-11; Mt 2,9. La desigualdad, fuente de violencia : Is 5,7; Ez 22,25-25; 24,6-8; Am 5,7-13; Mt 2,1-5. Las leyes injustas : Is 10,1-2; Am 5,7.
	55	Dios odia el orgullo procedente del dinero: Is 2,6-22; 3,16-24. Odió al orgullo procedente del poder: Is 14,5-21; 36,22-29; 47; Ha 2,6-13.
	56	Dios prepara un juicio destructor, llamado Día de Yavé : Is 1,24-28; Am 5,14-21; So 1,14-18; 3,1-8. Un juicio que restablecerá la justicia: Is 2,1-5; 4,2-6; Ez 34; y dará la paz definitiva: Is 9,1-7; 11,1-9; 32,15-20. Prepara una Ciudad de Justicia : Is 1,26; 60; Za 8,1-17. Y un triunfo de los humildes : Is 26,1-6; So 3,12-18. Y un consuelo a los oprimidos : Is 61,1-3.
6. El Dios Redentor y su Mesías	60	La palabra Redención significa en la Biblia lo mismo que Liberación . Uno libera algún objeto o persona que estaba en poder de otro, para hacerlo suyo: es un poco como comprar. Ver en Lev 25 la redención de los esclavos y las tierras empeñadas. Más todavía: Rut 2,20; 3,12; 4.
	61	Dios Redentor saca a su pueblo del poder de los extranjeros: Jue 2,13-17; Dt 4,34; Ex 20,1; 3,8. Después de la primera liberación de Egipto y numerosas liberaciones (Jue 3; 4; 1 Sam 7; 2 R 19) se acredita en tiempos del Desierto la idea de que se acerca una liberación definitiva: Is 40; 41,8; 43,1-7.
	62	También Dios hizo esperar que, salvando a su pueblo, daría paz a toda la tierra: Gén 12,3; Is 49,6. Esta esperanza tomó forma con el rey David: Israel creyó haber encontrado en este ungido (o Mesías) el rey perfecto. A él se refieren Gén 49,10; Núm 24,7 y 17.
	63	Luego consideraron a David y sus descendientes como revestidos de un carácter sagrado, esperaron la venida de un Mesías semejante a David : Sal 132; Sal 72; Jer 30,9. Pero también entendieron que el Mesías aventajaría a todos los soberanos de la tierra y establecería el reino de Justicia y paz: Is 4,2; 9,1-7; 11,1-9; Sal 2; Sal 110.
	64	Durante el Desierto el autor de la 2ª parte de Isaías ve en la minoría más creyente de Israel el Servidor de Yavé , instrumento de su salvación: Is 49,1-6; 50,1-9; 52,13-53,12.
	65	La figura de un Mesías sufrido aparece también en Za 12,10-12.
	66	En Dt 7,13 el Hijo del Hombre , que viene de Dios mismo, era tal vez una figura del Pueblo Santo (7,27). Pero Jesús lo considerará como un anuncio de él: Mt 24,30 y 26,64.
	67	Varios textos de la Biblia nos dejan en la duda: ¿No será Dios mismo el que visitará a su pueblo para encontrarse con aquellos que lo esperan? Is 25,6-10; 52,7-12; 63,19; So 3,14-18; Za 2,14-17.
	68	Cuando la Biblia habla del Pastor que regirá a Israel, designa a veces al Rey Mesías (Jer 23,4; Mt 5,4; Za 13,7), a veces a Dios (Is 40,1; Mt 7,14; Cantar 2,16; Sal 23,1; Sal 28,9; Sal 80,2) y fácilmente asocia el uno al otro: Ez 34,11-25.
7. Los tiempos del Judaísmo: La religión de la Ley	70	La Ley designa a veces el conjunto de leyes de la Biblia (Mt 22,36), o veces la misma Biblia (Jn 12,34), a veces la religión judía (Gal 2,19). La Ley y los Profetas , o La Ley, los Profetas y los Salmos , son dos expresiones para designar la Biblia (Mt 7,12; Lc 24,44).
	71	La Ley manifiesta dos exigencias principales: Justicia y Santidad . Santidad, o

		Leyes de Justicia : Ex 21-22; Lev 16,18-20; Lev 19-10-18 y 19,35-36; Dt 19 y 24.
		Leyes de santidad : Lev 17-18; Dt 23.
72		La Ley era a la vez expresión de la voluntad de Dios y expresión de la cultura judía. En ella se nota el esfuerzo de Dios para transformar las costumbres de Israel y educar a los creyentes: Ex 15,15; com. de Lev 8,1; 11,1; 24,17.
73		La Ley distingue días comunes y días consagrados a Dios . El sábado : Gén 2,3; Ex 20,8; 23,12; 34,21; Núm 15,32; 28,9-10. Las lunas nuevas : Núm 28,11-15.
		Las tres fiestas de la Pascua, de las Semanas (Pentecostés) y de los Tabernáculos (de las Chozas): Dt 16; Ex 23,14-17; Lev 23. Núm 28,11-31; Núm 29,1-6 y 12-39.
		Sobre la Pascua en especial: Ex 12,1-27 y 43-51.
		El Día del Perdón : Lev 16; Núm 29,7.
74		La Ley determina lo puro y lo impuro, o sea, las condiciones para participar en el culto divino (Lev 15,31).
		La Circuncisión : Gén 17,9-14; Ex 12,48.
		Pureza en la vida sexual: Lev 12,1-8; Lev 15.
		Enfermedades : Lev 13-14.
		Contacto de muertos y de animales impuros: Lev 11,24-40; Lev 21,1-12; Lev 17,15-16.
		No mezclar materias o aparear animales de dos razas: Lev 19-19.
75		La Ley prohíbe ciertos alimentos : La sangre : Gén 9,4; Dt 12,16; Lev 17,10-14.
		La grasa : Dt 14,21; Lev 7,22-25.
		Ciertos animales : Dt 14,3; Lev 11,1-23.
76		La Ley contiene una moral sexual : Ex 21,7-11; Lev 18; Lev 20,11-21; Lev 21,13-15; Dt 22,13-30.
77		La Ley enseña la solidaridad dentro del pueblo de Dios : Amarás a tu prójimo (de tu misma raza y pueblo): Lev 19,18. Pero pide la separación y agresividad con los extranjeros : Ex 23,32; Dt 22,9-11; 23,4, y en especial condena el matrimonio con extranjeras: Dt 7,3-5.
		Formas de solidaridad con el pobre : Ex 22,25-27; Dt 22,1-4; 24,10-22; 23,20; Lev 19,9-11; 23,22; 25,35. Respeto a los desemparados, la viuda, el huérfano y el forastero : Ex 22,22-24.
		El año de la Redención: Lev 25,13.
78		La Ley enseña el don a Dios y sus sacerdotes : Los diezmos : Ex 23,19; 34,26; Núm 18,21-32; Dt 14,22-29.
		Los sacrificios : Lev 1-7.
		Los sacrificios voluntarios : Ex 25,1; Núm 6; Dt 16,16-17.
		Derechos de los sacerdotes: Lev 7,9; 7,34-36; Núm 18, 25-28; Dt 18,8-19.
8. La enseñanza de los Sabios	80	La Biblia hace de Salomón el primero y el modelo de los sabios: 1 R 4,29-34; Sir 47,14. El sueño y el juicio de Salomón: 1 R 3. Se le atribuyen varios libros de sabiduría posteriores a él: Pro 1,1; Ecl 1,1; Sab 9,12.
	81	La sabiduría significa : inteligencia práctica para regir su casa y alcanzar el éxito: 1 R 10,6; Ez 28,1-7. Luego: esfuerzo para educarse y ser hombre responsable: Pro 1,20-27; 9,1-5. Luego: capacidad para ordenar su vida de acuerdo con la Ley de Dios: Pro 16,1-11; Sir 15,1-5; 24,23-30.
	82	¿Cómo adquirir la sabiduría ? La sabiduría es don de Dios: Sir 1,1; Sab 6,14-16; 9,1-6. Se encuentra en los dichos de los sabios y la meditación de sus proverbios: Pro 1,6; 13,20; Sir 6,34-36. En la dominación de los caprichos: Sir 11,1-10; 23,1-7; Pro 16,32. En la perseverancia en las pruebas: Sir 2,1-14 y en el estudio: Sir 6,23-33. En la meditación de la Ley: Sir 32,7-24; 39,1-11; 51-17-21; Sal 119. En la reflexión sobre la experiencia: Ecl 1,12-18; 2,1-11; Sir 34,9-11.
	83	Los sabios preguntan: ¿ Qué es el hombre ? La casi totalidad del Antiguo Testamento se escribió entre judíos de cultura hebrea y expresa los conceptos de dicha cultura. Esta no distingue en el hombre, como lo hacemos nosotros, una parte espiritual o alma, y una parte material o cuerpo, sino que veían al hombre como uno solo y, al hablar de la carne, del cuerpo, del corazón, designaban sus varios aspectos. El hombre es llamado carne y sangre por cuanto es criatura mortal. Se llama alma por cuanto es ser viviente. El alma significa aliento (Gén 2,7 y 7,22) y los judíos identificaban fácilmente el aliento con la vida (Sal 104,29). Además creían que la vida estaba en la sangre (Lev 17,10-14). El espíritu designa su abertura a Dios. El corazón designa lo interior del hombre, no solamente sus sentimientos, sino su mente y su conciencia. Más exactamente, el alma debe traducirse en

soplo de Dios (Gén 2,7). El espíritu es a la vez espíritu del hombre y Espíritu de Dios en el hombre (Ecl 12,7).

El hombre es libre y responsable de sus actos: Sir 15,11-21 y 17,3-14.

El hombre es pecador desde su nacimiento (Sal 51,7; Job 10 y 13). Este peso del pecado sobre él es el resultado del pecado de sus antepasados; él lleva las consecuencias de sus errores: Gén 3; Jer 31,29; Lam 5,7; Sal 106,6; Tob 3,3.

El mal profundo del hombre es la muerte: Job 14; Ecl 3,18-22; 6,1-10; 8,7. Sir 42,9-14.

84 ¿Cómo debe ser la pareja? Se afirma la igualdad del hombre y de la mujer en el comienzo de la Biblia: ver los comentarios de Gén 1,26 y 2,20. Pero eso va en contra de toda la corriente de la cultura hebrea que es muy machista. La inferioridad de la mujer, reconocida por la Ley (Dt 24,1; Núm 5,11; Lev 27,3-7), es aceptada por los sabios: Ecl 7,27-28. La hacen responsable de los pecados del hombre (Pro 7,5-27; y piden vigilarla: Sir 42,9-12; Sir 25,15-26) y la elogian por cuanto sirve bien al señor marido: Pro 31,10-31; Sir 36,23-26. Solamente el Cantar reconoce su igualdad en el amor.

85 El trabajo y el esfuerzo del hombre son la condición de su superación: Pro 6,6-11; 27,23-27. Sir 7,15. El trabajo ocupa al hombre (especialmente al esclavo) y lo disciplina: Sir 33,25-28. El trabajo no es todo en la vida: Ecl 2,4-11; 4,7-12.

86 En cuanto a las relaciones sociales, el orden social es aceptado con sus distinciones entre ricos y pobres, reyes y súbditos: Ecl 5,7-8; 4,1-3; Sir 8,1-3. El rey es respetado como representante de Dios: Pro 16,10 y 24,21. Pero su compañía es peligrosa (Ecl 8,2-4; Sir 13,9-10) y se temen sus caprichos: Sir 16,12-15. Se debe vigilar a los inferiores (Sir 33,25-30) y a los jóvenes, desconfiar de su libertad y educarlos con firmeza: Sir 30,1-13.

87 Para agradar a Dios, el hombre debe ser humilde (Sir 10,6-26), misericordioso (Sir 28,1-7) y debe ser generoso con los pobres (Job 30 y 31; Sir 30,1-13; 29,1-13).

88 ¿Cómo premia Dios al justo? Los sabios del Antiguo Testamento no sabían todavía del más allá (Ecl 3,17-22; 8,7-8; Sir 17,27-30). Por eso, sabiendo que Dios es justo, se esforzaban por averiguar la retribución divina en la presente vida. Dios es justo y no deja a los malos sin castigo (Job 18 y 20). Premia a los suyos, si no con dinero y larga vida (Pro 10,22-30; 11,20-21; 13,21-23), a lo menos dándoles paz y seguridad. Puede probarlos (Job 36; Sab 3,1-6), pero al final les devolverá: Sab 3-5; Sir 1,23; 11,21-26. Sin embargo, algunos hacen resaltar las numerosas excepciones a esta retribución: Job 21 y 24; Ecl 7,15-16; 8,11-14.

Ver también en 90-92.

89 Sabiduría de Dios y sabiduría del hombre. Los sabios reconocen poco a poco en la Sabiduría de Dios algo que es como destello de él, aunque uno con él: Pro 8,22 y 30. Por medio de ella Dios creó el universo (Pro 8,22-30; Sir 24,3-4) y ella reluce en él: Sir 43. Ella asegura el desarrollo del plan de salvación: Sab 10 y Sir 24,9-29. Sabiduría que supera totalmente la mente humana (Job 9 y 28; Ecl 3,10) y solamente se comunica por revelación de Dios (Isa 39,29 y 4,1-2; Sir 24,8-12 y 23-25). La sabiduría es alimento salido de la boca de Dios: Dt 8,3; Pro 9,5; Sir 24,3 y 19; Sal 19,11 y 81,17.

9. La Resurrección y el más allá

90 Según enseña Jesús (Lc 24,27), toda la Biblia anunciaba la resurrección. Con sólo hablar de una Alianza de Dios vivo con el hombre mortal, daba a entender que debe compartir con él la vida para siempre: Ex 3,6 y Mc 12,26; Sal 16,11; 23,6; 73,25-26.

91 Pero eso no lo veían los creyentes del Antiguo Testamento, que solamente hablaban de una sobrevivencia triste y fantasmática en el Seol, o Lugar de los Muertos: Is 38,18-19; Sal 88,12-13; Sal 115,17-18.

92 La persecución del tiempo de los Macabeos obligó a reflexionar sobre la suerte de los mártires y llegó a ser evidente que no habría justicia de Dios si él no los levantara (los resucitara) para una vida feliz en su presencia. Como la cultura hebrea no distinguía cuerpo y alma (ver 83), afirmaron que el hombre surgiría del polvo, o volvería a tener vida en el momento del Juicio: Dn 12,2; 2 M 7.

93 Pero en ese mismo tiempo penetró en Israel la cultura griega, la cual consideraba en el hombre algo material, el cuerpo, y el alma (que lo anima), muchas veces distinguida del espíritu, que busca la verdad y el bien: 1 Tes 5,23. Por eso el último de los libros del Antiguo Testamento, la Sabiduría,

El Nuevo Testamento: LA FE DE LOS APOSTOLES

10. La persona de Jesús. Jesús y María

100 Después de hablar tantas veces mediante los profetas, Dios habló una última vez mediante su Hijo (Heb 1,1) cuando llegó la plenitud de los tiempos (Gal 4,4). Jesús es el Hijo único y eterno (Col 1,13-15), el Verbo que es en Dios y es Dios frente al Padre (Jn 1,1; Ap 19,13).

101 El Hijo de Dios se hizo hombre (Jn 1,14). Jesús, hombre verdadero y no fantasma de hombre, ni Dios vestido de hombre, tomó la condición de esclavo y murió en cruz (Fil 2,6-11; Gal 4,4). Fuera de su Transfiguración (Lc 9,32) no se manifestó en su humanidad la Gloria que le correspondía como Hijo (Jn 1,15 y 17,5), sino que quiso madurar mediante el sufrimiento, como cualquier hombre (Heb 5,7-8). Desde el comienzo Jesús estuvo consciente de quién era (Lc 2,49 y Heb 10,5). Pero no por eso lo sabía todo (com. de Mc 6,2), y descubrió poco a poco las exigencias de su misión (com. de Lc 3,21 y Lc 9,31).

102 Jesús se ubica en nuestra historia. El Evangelio sitúa su nacimiento (Lc 2,1 y Mt 2,1; Jn 7,42); el comienzo de su ministerio público (Lc 3,1-2; 3,22); su muerte en tiempo del gobernador Pilato y el Sumo Sacerdote Caifás (Jn 11,49). Nació en Belén, se crió en Nazaret (Mt 2,23; Lc 4,16) donde trabaja; no sale para hacerse discípulo de algún maestro (Jn 7,15).

103 Jesús empieza predicando en las sinagogas (Lc 4,15; Mc 1,21) e inaugurando el Reino de Dios (Mc 1,15 y 110-118). Llegó a reunir muchedumbres (Mt 5,1 y 14,14). Después de un tiempo se produce una crisis (Jn 6,66) y Jesús se dedica a formar a sus discípulos (Mc 9,30) que formarán el núcleo de su Iglesia (Mt 16,16; Lc 22,24-32). Luego se prepara para su muerte (130-138) que corona su resurrección (ver 140-148).

104 Jesús hacía milagros, igual que los profetas, pero de otra manera que ellos, como quien tiene autoridad divina (Mc 4,35-38). Habla con autoridad (Mc 2,27; Mt 5,21; 5,28; 5,32). Fácilmente se coloca en el lugar que a Dios le corresponde (Mc 2,1-12; Lc 7,36-50; Mc 8,34-38). Afirma ser una sola cosa con el Padre (Mt 11,26-27; Jn 5,18; 8,58; 10,30; 10,37-38).

105 Jesús se negó habitualmente a que lo llamaran hijo de Dios (Mc 3,11; 5,7) porque este título se daba tradicionalmente a los reyes de Israel (2 Sam 7,14; Sal 89,27) y Jesús lo era en forma muy diferente de ellos. Prefiere llamarse Hijo del Hombre (Mt 26,64) refiriéndose a Daniel 7,13 (ver 65). Pero Pedro primero (Mt 16,16) y luego la Iglesia reconoció a Jesús como el Hijo de Dios (He 9,20). Ver 140-145.

106 El Hijo eterno del Padre no llegó del cielo a la humanidad, sino que nació de un pueblo, Israel, y de una mujer (Gal 4,4). María, asociada en forma única al designio eterno del Padre (com. de Lc 1,26). El que debía ser recibido por la «virgen de Israel» (Is 7,14; Sal 3,14; Za 2,14; 9,9), nació de una madre virgen (Mt 1,18; Lc 1,26 y com. de Mc 6,1). La fe y el consentimiento de María permitieron que se realizara en ella la obra del Espíritu Santo (Lc 1,45).

107 María interviene en el Evangelio para la santificación de Juan Bautista (Lc 1,39), para que Jesús inicie su ministerio (Jn 2; Caná), para recibirlos como hijos adoptivos (Jn 19,25). Se habla de ella en el nacimiento y la infancia de Jesús (Lc 2; Mt 2). Dos textos nos obligan a reconocer que su grandeza no está en haber dado la vida a Jesús según la carne, sino en haber sido el modelo de los creyentes (Mc 3,31; Lc 11,27). La nombran en el primer núcleo de la Iglesia (He 1,14).

108 Estos son los textos bíblicos que nos ayudan a expresar lo que es María para Dios y para la Iglesia: Gén 3,15; Is 7,14; Cant 4,12-16; Pro 8,22-31; Jdt 13,18-20; 16,9-10; Ap 12.

11. Jesús proclama el Reino de Dios

110 Jesús empieza proclamando tiempos nuevos, anunciados por los profetas, tiempos de la gracia de Dios: Mc 1,14; Lc 4,21; Lc 4,19.

111 Jesús proclama el Reino de Dios (o Reino de los Cielos: Mt 5,1 y com. de Mt 6,9). Y sus milagros son signos de que este Reino de Dios ya está entre los hombres (Mt 11,26-27; Lc 17,21), con poder para sanar todos sus males: Mt 9,35.

112 El Reino de Dios significa que Dios ahora se da a conocer como Padre (Mt 6,1; 6,9; 6,18; ...) y debe ser reconocido tal por sus hijos (Mt 11,26-27). Toda la novedad del Reino está en un conocimiento nuevo de Dios (Jn 4,23), conocimiento del Padre (Jn 7,28-29) y del Hijo (Jn 17,3), borrando la imagen antigua del Dios castigador (Lc 9,54 y 14,2; Jn 9,3), fuerte con su poder (Mt 11,29; Jn 12,34-35), muy lejos de los hombres (Jn 14,8).

113 El Reino de los Cielos es proclamado primeramente a los pobres (Lc 4,18).

- en la flaqueza humana (1 Sam 17; 1 Cor 1,29; 1 Ma 3,18; 2 Cor 12,9) y le gusta salvar lo que estaba perdido (Lc 19,10; Lc 1,25; 19,10). Rebaja a los orgullosos y llega a los humildes: Lc 16,15; 1 Sam 2,3-8.
- Es significativo que las primeras promesas del Reino sean para un rey fastuoso (2 Sam 7,13; 1 R 8,24), y las últimas para los pobres de **Yavé** (So 3,12; Za 9,9; Sal 132,15), creyentes oprimidos (Dn 3,30; 1 Ma 2,7), explotados por los ricos y oportunistas (Sal 55; 58; 123,3). Estos acogen mejor el Evangelio (Lc 2,8; 10,21; 4,18).
- 114 El hecho de que Dios reine no significa que los hombres en adelante lo dejen actuar: más bien actuarán con más libertad, liberándose de prejuicios (Mc 7,15; He 10,15 y 34) y leyes (Lc 14,3; Col 2,16), preocupados por hacer fructificar sus talentos (Mt 25,14-30).
- 115 La salvación de los hombres no se hace desde arriba, exterminando a los malos (Mt 13,24; 26,53), sino que es cosa sembrada entre los hombres (Mt 13,1; 13,31), que crece lentamente (Mc 4,26), primeramente en las personas (Mc 4,14; Mt 13,44; Jn 3,3), y luego se hace realidad visible (Mt 5,14; Lc 12,32) que se concreta en la Iglesia (Mt 16,18).
- 116 Los contemporáneos de Jesús creían que el Reino empezaría después del Juicio de Dios que separaría buenos y malos (Lc 1,25-28; 4,25; So 1,14; Mal 3,1-2; Mt 3,9-12). Jesús dice que este juicio no es para hoy (Mt 13,32; He 1,7). Sin embargo, desde ya los hombres se juzgan por su actitud frente al Evangelio (Jn 3,18-20; 12,46). Los pueblos también: Lc 10,13; 14,19; Mt 23,37.
- 117 Jesús se presenta en esto como el Enviado del Padre (Jn 6,29; 10,36) y sus apóstoles descubren la relación única que lo une al Padre (Lc 11,1; Mc 1,35; Lc 6,12; Mt 14,37; Jn 4,31-34; 16,32). Jesús dice: **Mi Padre** (Mt 7,21; 10,32; 16,17; Mc 25,34) y el Padre de ustedes (Mt 5,16; 10,20). Nunca dice: **Nuestro Padre**.
- 118 Para los judíos la conversión al Reino de Dios significaba a la vez: reconocer que vivían en un tiempo excepcional (Lc 12,54; Mt 11,21; 12,41), y que debían superar la crisis que los dividía (Lc 12,57; 13,5) aceptando esta nueva visión de Dios Padre y de una primacía de la misericordia (Lc 15) y la reconciliación (Mt 19,23).
- 119 El pueblo judío, en su gran mayoría, no se convirtió a este llamado (Mt 12,45; Lc 13,34) y su religión fanática lo llevó a la catástrofe anunciada por Jesús (Mt 21,43; 22,7; 23,35-37; Lc 21,23 y 23,28-31).
12. Jesús prepara su Iglesia
- 120 La Iglesia (He 9,31) y las Iglesias (Gál 1,22). La Iglesia de Dios (He 20,28) y las Iglesias de Dios (1 Cor 11,16; 1 Tes 2,14). La Iglesia es el pueblo espiritual de Dios. Iglesia significa: la Asamblea convocada por Dios, o la Asamblea de los elegidos de Dios. Estos son llamados también **santos**: los santos de los santos (1 Cor 14,33).
- 121 Para renovar Israel y luego extender el Reino a las naciones (Mt 10,5; 15,24), Jesús proyecta su Iglesia fundada sobre Pedro (Mt 16,18) y los apóstoles (Mt 10,11). La incredulidad de su pueblo lo lleva a pensar la Iglesia como un nuevo pueblo de Dios, abierto a todos los pueblos (Mt 8,10; Jn 10; Mt 21,43; 22,1; 23,37) en que se concretará el Reino (ver com. de Mt 13,31).
- 122 A Jesús lo siguen discípulos que creen en él (Lc 6,17; 19,37). Dentro de ellos escoge a quienes quiere (Mc 3,13; Jn 15,16) para que sean sus apóstoles (Mc 3,16). Ellos serán el núcleo de su Iglesia (Lc 22,28-30). Jesús les pide rupturas (Mc 8,34; Lc 9,57) y fidelidad total a su persona (Mt 10,37; Lc 14,26).
- 123 Jesús les enseña las bases de la convivencia en la Iglesia. El más grande se hará servidor de los demás (Mc 10,43; Mt 18,6 y 10). Ninguno se hará Padre, Maestro o Doctor, sino que la autoridad respetará la igualdad fundamental de todos y su relación directa a Dios (Mt 23,8). La Ley suprema será el amor (Jn 13,34-35 y 15,12-14). El amor se manifestará primeramente en el perdón (Mt 18,21 y 23) y la preocupación por unir (Jn 17,21). Las decisiones de la Iglesia serán ratificadas por Dios (Mt 16,19 y 18,18).
- 124 El crecimiento del Reino dentro de un mundo que rechaza la luz es fuente de conflictos y traerá persecuciones para la Iglesia (Lc 12,49-53; Jn 15,18-20; Mc 13,13 Mt 5,11; Ap 12,13-18). Una primera crisis se producirá con la destrucción de la nación judía (Mc 13,5-23; 13,28-31). Ver com. de Mt 24. Otras crisis seguirán hasta la última que verá la **vuelta de Cristo** y el Juicio (Mt 16,27; He 3,21; 1 Tes 4,16; Mc 13,24-27; 2 Tes 2; Ap 19,11-21; 20,7).
13. El Sacrificio de Jesús
- 130 La muerte de Jesús no es un accidente en su vida (Heb 10,5). Desde el comienzo, él se preparó para enfrentarla (Mt 20,28; Jn 11,9; 12,27). La **muerte** **voluntaria** **por** **los** **otros** (Mc 8,31; 9,9; 10,45; Lc 12,27). Se hizo

- 131 El sacrificio de Jesús es como una segunda revelación de la justicia de Dios (Rom 3,25-26), que viene a completar la del Antiguo Testamento. El Dios **castigador** echaba fuera a los pecadores (Gén 3,22-23); Dios hecho hombre sana a los malos aceptando que lo rechacen (Jn 1,11; Mt 21,37). El Dios **libertador** demostraba su soberanía (Ex 15; Dn 4 y 5); Jesús escoge el último lugar para salvar (Mt 20,28).
- 132 Los que fueron víctimas de la sociedad son los que después de muertos tienen mayor poder para inquietarnos. Jesús escoge el último lugar (Fil 2,8) para después llevar al arrepentimiento a la sociedad que lo condenó (Za 12,10; Jn 19,37; Ap 1,7) y, con eso, atrae a todos hacia él (Jn 12,32).
- 133 Desde los orígenes de la humanidad los hombres ofrecían sacrificios. El holocausto (eso es víctima totalmente quemada) expresaba la total sumisión a Dios: Lev 1,1; 1 Sam 15,22; Sal 51,18; Heb 10,6-7. La **sangre derramada** expiaba los pecados (Lev 5; 17,11; Heb 9,22). Las víctimas que se comían en un banquete de comunión hacían beneficiar a los participantes de la santidad divina (1 Cor 10,18). El sacrificio del cordero renovaba la alianza de Dios con los suyos (Ex 12; Sal 50,5).
- 134 La muerte y resurrección de Jesús constituyen el nuevo y definitivo sacrificio que reemplaza a todos los demás (Heb 7,27; 9,25). Por eso Jesús es llamado **Cordero de Dios** (Jn 1,29). Su sacrificio se identifica con la Pascua Nueva (Pascua significa: Paso que lleva a la existencia santa y definitiva (Lc 12,50; 22,16; Rom 6,4; 1 Cor 5,7, com. Mc 15,16).
- 135 El sacrificio de Jesús le permitió alcanzar su perfección y recibir las dotes que hacen de él el Jefe y la Cabeza de la humanidad (Is 53,11-12; He 2,33; Heb 2,10; 5,7). Ver 203.
- 136 Su muerte dolorosa con efusión de sangre consigue el **perdón de los pecados** de toda la humanidad (Is 53,10; Mt 26,28; Rom 3,21; 5,9; 5,19; 8,3), nos reconcilia con Dios (Rom 5,10; 5,20; 2 Cor 5,17; Col 1,21), nos rescata (1 Pe 1,18), nos da la libertad (Rom 7,4; Ef 1,17), inicia un proceso que lleva a la solución de todas las contradicciones que hay en el universo (Rom 8,19; Ef 2,16; Col 1,20).
- 137 El sacrificio de Cristo nos **manifiesta el amor de Dios** que es tanto generosidad del Padre (Rom 8,3; Jn 3,16; 1 Jn 4,10) como obediencia del Hijo (Mc 14,36; Rom 5,6; 1 Jn 3,16). En el **corazón abierto** de Jesús (Jn 19,34) contemplamos el secreto del amor de Dios que quiso deslumbrarnos con su capacidad de entregarse totalmente para restaurar la confianza en su creatura perdida (Rom 5,8).
- 138 La muerte y la resurrección de Jesús nos enseñan el sentido de nuestra propia vida: el que sacrifica su vida la lleva al nuevo nacimiento (Lc 17,33; Jn 12,24-26; 16,21; 17,9). Nos indican las exigencias del amor verdadero (Jn 15,13) y del apostolado (2 Cor 6,3-10; 12,14) y el valor de nuestras pruebas (Jn 15,2; 2 Cor 12,9-10).
14. La Resurrección. Jesús Señor de la Historia
- 140 Jesús ha resucitado, conforme lo había dicho (Mc 9,9-10); conforme a las Escrituras (Lc 24,25-27; 1 Cor 15,4; He 2,20). Las manifestaciones de Jesús resucitado en Jerusalén y en Galilea: Mt 28; Mc 16; Lc 24; Jn 20 y 21; 1 Cor 15,5-8.
- La Resurrección tiene dos sentidos: Jesús ha vuelto a la vida (Lc 24,5; He 2,24) y Jesús ha sido glorificado, o exaltado (Jn 17,1; He 2,33; 3,13). La última manifestación de Jesús (o Ascensión) expresa este segundo aspecto de la resurrección (Mt 28,17-20; Lc 24,50; He 1,9).
- 141 Al resucitar Jesús, su humanidad acabó de ser transformada por las energías divinas, recibiendo en plenitud la vida que al Padre comunica a su Hijo (Jn 1,14; 17,1; He 2,32; Rom 1,3). Jesús ahora es reconocido como Hijo de Dios. Siendo el Hijo resplandor del Padre (Heb 1,1), Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, es en este universo creado, la manifestación del Dios invisible (Jn 14,9; Col 1,15). En él se cumplen las promesas del Antiguo Testamento (Mc 12,41-42; 23,35-36; Jn 8,56; Ap 5). Él es, ahora en cuanto hombre, la cabeza de toda la creación (Col 1,18), superior a toda criatura, material o espiritual (Heb 1,4-14).
- 142 Jesús ha salido de Dios (Jn 13,3; 16,27; 17,8) y vuelve al Padre por su muerte y resurrección (Jn 16,28) para que llegue a su perfección la relación filial que lo une al Padre (He 2,33; Rom 1,4). Para expresar su fe en Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, un solo Dios con el Padre, la Iglesia lo llama Señor. De los dos nombres que designaban a Dios: Dios y Señor, reservó el primero para el Padre, y el segundo para Cristo (ver Rom 10,9; Fil 1,11; com. de Jn 11,2; 13,2; 20,2).
- 143 Jesús es el Señor de la Iglesia, el Señor de la Comunidad. Como

	del Espíritu Santo (Mt 28,19) y reconoce un solo Dios con tres Personas divinas, al que llamamos Santísima Trinidad : 1 Cor 6,11; 12,4; 2 Cor 13,14; Ap 1.		El ministerio de los apóstoles es de proclamar y extender esta reconciliación (2 Cor 5,20-21; Rom 15,16) ya anunciada por Jesús (Lc 4,19); el culto propio del Nuevo Testamento consiste en llevar a cabo esta reconciliación (Rom 15,16).
145	Jesús resucitado es ahora Señor de la Historia : es decir que domina y dirige las fuerzas materiales y espirituales, visibles e invisibles que plasman nuestra historia: Jn 12,31; Ap 1,18; 6; Col 1,18; 2,10; y com. de Mc 16,9. Pablo muestra a Cristo superior a las Fuerzas celestiales que, en aquel tiempo, eran consideradas dueñas del destino y de la historia de los hombres (Ef 1,10; 1,29; Col 11,6). Este dominio de Cristo significa que la humanidad ha llegado a su mayoría de edad (Gál 4,3-5).	157	En esta obra Jesús aparece como el Mediador único entre Dios y los hombres (1 Ti 2,5; Heb 9,15; 12,24), siendo el que intercede por ellos (Heb 2,17-18; 4,15-16) y les consigue los bienes propios de la Nueva Alianza (He 13,34; Heb 9,11; 10,20).
146	En adelante la salvación se hace por el Nombre de Jesús, o sea, por el poder divino (Fil 2,9-10) que irradia de su persona (He 4,30; 1 J 2,12; com. de Mc 16,17). Toda obra salvadora proviene al mismo tiempo de Cristo y del Espíritu (1 Cor 12,4-6; 2 Cor 3,16-17) y es atribuida a Cristo Señor o a su Espíritu (Jn 6,35-36 y 7,38-39; Mc 9,38 y Lc 11,20; Ef 4,7 y 1 Cor 12,7).	160	Entramos a la nueva creación por don de Dios (Mt 11,27; Jn 6,43; Ef 2,8). Este paso decisivo (Col 1,12-13), esta salvación nuestra (1 J 1,9-10), no es el premio de nuestros méritos y obras buenas (Rom 4; Fil 3,4-6), sino que se da mediante la fe (Rom 3,21; Fil 3,9).
15. La Nueva Creación —el don del Espíritu—, el Misterio de la Reconciliación	150	161	Según Juan, creer es reconocer al Envío de Dios (Jn 5,38; 6,29). Es reconocer que Dios nos ama primero y nos perdona (1 Jn 4,10; Jn 2,16). Es aceptar que Dios nos transforme y nos divinice (Jn 12,42-45). Es reconocer que Jesús es el Cristo (1 Jn 2,22-29; 5,1); o sea, el Hijo Único que ha salido de Dios y vuelve a Dios (Jn 6,62).
	151	162	Según Pedro y Pablo, creer es reconocer el amor de Dios, que entregó a su Hijo por los pecadores (Rom 5,24-25; Gál 3,1). Es confesar que Dios lo ha resucitado de entre los muertos (Rom 4,23; 10,9) y lo hizo Señor (He 2,36; 1 Cor 12,3; Fil 2,11). Es reconocer que todas las promesas de Dios se han cumplido en él (2 Cor 1,20).
		163	La fe que salva se apoya en el testimonio de las Escrituras (He 17,3; 18,28; Rom 16,26; 2 P 1,19), pero también es descubrimiento de una palabra que Dios nos dice hoy (Heb 1,1 y com. de Mc 11,29). Los contemporáneos de Jesús tuvieron que reconocer a este Enviado mediante signos que él mostraba (Jn 6,26; 10,32; 15,24). Luego se apoyaron en el testimonio y los signos que presentaban los apóstoles (Mc 16,17; He 8,7; 1 Tes 1,5). La fe nunca se limita a aceptar creencias, sino que renova el designio de Dios (Mt 11,16-24; Lc 7,30) a través de los acontecimientos actuales (Lc 12,56; 19,44) y las voces proféticas de la Iglesia (Ef 3,5; 1 Tes 5,19).
		164	La fe nos lleva a incorporarnos al pueblo de Dios (Ef 2,19-22) mediante el bautismo (Mt 28,19; Mc 16,16; Col 2,11-13).
		165	La fe nos consigue un estado de santidad llamado por la Biblia justicia o justificación (ver com. de Rom 1,16; Cap 4-8 de Romanos; 1 Jn 2,1-6). Nos hace gratos a Dios, reconciliados con él (Rom 5,1-2) y beamos la semejanza divina (Rom 8,28; Col 3,10; Ef 4,24). La fe nos introduce al Reino de su Hijo (Col 1,13), en el cual recibimos una primera comunicación del Espíritu (Ef 1,13 y 2 Cor 1,22). Ver también 153-154.
	152	170	Jesús prepara su Iglesia: ver 120-124.
		171	La Iglesia no procede de una voluntad humana, sino de un designio eterno de Dios, y en ella se concreta el Misterio , o sea (Ef 3,5) el plan salvador de Dios que reúne a todos los hombres bajo una sola cabeza, Cristo (Ef 1,5-12; 1,22). Por eso la Iglesia es santa , porque su destino depende más de los designios del Padre que de la iniciativa de los hombres.
	153	172	Cristo, al dar los pasos que llevan a su fundación, no actúa por su sola iniciativa, sino que se deja guiar por las indicaciones del Padre (Jn 1,35-51; Mt 16,18; 6,12; He 1,7; Jn 17,6; 17,9-12). Las Iglesias de Cristo (Fil 1,6). La Iglesia está sometida a Cristo, que la amó y se entregó por ella (Ef 5,24-25; Jn 17,19). La Iglesia de Dios que él se adquirió por su propia sangre: He 20,28. La Iglesia es su esposa (Jn 3,29; Ef 5,27; Mt 22,2; 2 Cor 11,1; Ap 21,2) y el cuerpo (Col 1,24; 1 Cor 12,12) del que es cabeza.
	154	173	La Iglesia nace el día de Pentecostés (He 2) a consecuencia de la efusión del Espíritu prometido (ver 150).
		174	La proclamación por los apóstoles de la fe en Jesús resucitado acompaña la efusión del Espíritu (Jn 15,26-27; He 1,7-8) para constituir la Iglesia (He 2,14-39; 1 Tes 1,5). La integran todos aquellos que escuchan el llamado a la conversión y creen que recibirán el perdón de sus pecados (He 2,38) y el don del Espíritu (He 2,39) mediante la fe en el poder salvador de Jesús y el bautismo. (Ver 181).
	155	175	La Iglesia está fundada sobre Pedro y los apóstoles (Mt 16,18; 10,1). La fe de la Iglesia se conforma a la de los apóstoles (1 Cor 15,11; 2 Pe 1,16-21). Pertenecen a la Iglesia quienes aceptan el testimonio de los apóstoles y sus sucesores (Jn 17,20; 20,21) y son reconocidos por ellos (1 Cor 14,38; 2 Cor 10,6; 13,10). Estamos en comunión con Dios estando en comunión con ellos (1 Jn 1,3). Cristo está con ellos (Mt 28,20) para que sus decisiones no puedan oponerse al plan divino (Mt 16,19; 18,18; Lc 10,16), a pesar de que ellos son débiles y pecadores (Gál 2,13; Lc 16,7-9; 1 Jn 1,8).
	156		

- 176 La Iglesia es una comunión (He 2,4; Heb 13,16). La comunión que existe entre los bautizados y las Personas divinas (2 Cor 13,13; 1 Cor 1,9; 10,16) origina una comunión entre ellos mismos (1 Jn 1,7). Comunión tanto en lo espiritual (He 2,42; Fl 1,5; 2,1) como en lo material (Rom 15,27; Gál 6,6).
- 177 La Iglesia es la **presencia** en nuestro mundo de la Verdad divina (1 Tim 3,15). Es la manifestación del amor de Dios (1 Cor 1,26; 2 Cor 4,7) y, a pesar de la debilidad de sus miembros, es un signo de la presencia salvadora de Dios (2 Cor 4) y de la su fuerza (Ap 2,8; 3,8).
18. Los sacramentos de la Iglesia
- 180 La Iglesia es una comunión de creyentes en la cual Dios se hace presente (ver com. de Mt 16,18) y por eso decimos que es **sacramento de Dios** (ver com. de Mt 18,1). Varios ritos de la Iglesia, que llamamos **sacramentos**, nos vienen de Cristo y sus apóstoles; expresan y hacen presente la acción salvadora de Dios.
- 181 El **Bautismo** con el agua y el Espíritu Santo (Jn 3,5), con el Espíritu y el fuego (Mt 3,11), con el agua junto con la palabra (Ef 5,26), en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19), en el nombre del Señor Jesús (He 2,38; 8,16). El bautismo **para los muertos** (1 Cor 15,29). El bautismo y los bautismos (Heb 6,2 y com. Lc 3,7).
- 182 Se bautiza al que cree (Mc 16,16) para que reciba el perdón de los pecados (He 2,38; 22,16). El bautismo significa la muerte a un pasado de pecado (Rom 6,3-9) y la entrada a una vida resucitada (Rom 6,4; Col 2,11-12). Es una purificación interior (1 Pe 1,22) por la sangre de Cristo (1 Pe 1,2). Es un nacer de nuevo, de arriba (Jn 3,8), un nacer del Espíritu (Jn 3,6; Col 2,12). El único bautismo de la única fe nos reúne en un solo cuerpo (1 Cor 12,13). El bautismo nos introduce a la vida «en Cristo», la vida cristiana (Fl 4,1). Ver 200.
- 183 La **imposición de las manos** para confirmar el bautismo y recibir los dones del Espíritu (He 8,14; 19,6), rito que no puede conferir cualquier ministro (He 8,14-17). Ver también Heb 6,2.
- 184 El **poder de perdonar** los pecados: ver com. de Stgo 5,16. El bautizado debe temer el decaimiento de la fe y la pérdida de la esperanza, con los cuales ya no hay deseo ni posibilidad de recibir otra vez el perdón de los pecados (Lc 13,7-9; Heb 6,4-8; 12-15). Este es el pecado que lleva a la muerte (1 Jn 5,16). La Iglesia puede excluir al pecador si no se enmienda (Mt 18,17; 1 Cor 5,11-13). Puede pedir a Dios que lo lleve a escarmiento con castigos en su cuerpo (1 Cor 5,4-5; Ap 2,22).
- 185 La **unción de los enfermos** practicada por los misioneros de Jesús (Lc 10,1) y encargada a los presbíteros de la Iglesia (Stgo 5,14).
- 186 La **imposición de las manos para consagrar a los ministros de la Iglesia** (1 Tim 4,14; 5,22; 2 Tim 1,6).
- 187 El **matrimonio** de los cristianos tiene exigencias propias (1 Cor 7,10-12 y com. de 1 Cor 11,2 y de 1 Pe 3,1) y tiene valor de sacramento, por ser una figura y presencia de la unión de Cristo con la Iglesia (Ef 5,22-23).
- 188 La **Eucaristía**, o Cena del Señor (1 Cor 11,20) o fracción del pan (He 2,42; 20,7; 1 Cor 10,16). Ver comentarios de la promesa de la Eucaristía (Jn 6,22-58), de su institución (Mc 14,12; 1 Cor 11,23).
- 189 Algunos textos del Antiguo Testamento figuran de antemano y aclaran el sentido de los sacramentos. En forma más especial: el bautismo (Gén 7; Ex 14-15; Jos 3; 2 R 5; Is 42,1; 55,1; Za 13,1; Ex 36,25; Ex 47,1), la eucaristía (Ex 12; 16; 1 R 19,5; Gén 14,14; Mal 1,11), el matrimonio (Gén 1,26; 2,18; Tob 8,4-7; Cantar).
19. El Espíritu en la Iglesia. Carismas y Ministerios
- 190 El Espíritu Santo (ver 143 y 144) que procede del Padre (Jn 14,16; 15,26; 16,15) y es enviado por el Hijo (Jn 14,16; 15,26; 16,7). Espíritu de Dios (1 Cor 2,11; 7,40; 1 Jn 4,2) y Espíritu de Jesús (He 8,39; 13,16; 2 Cor 3,17; Gál 4,6; Ap 3,1).
- 191 Ya antes de Cristo se hablaba del **Espíritu de Yavé**, fuerza sobrenatural que revestía a los libertadores (Jue 6,34; 11,29; 14,6), a los profetas (Núm 11,25; Ex 37), a los artistas (Ex 31,3) y a los sabios (Sab 11). Fuerza activa en la creación (Gén 1,2; Sal 104,30; y com. de Jn 7,37).
- 192 A consecuencia de la glorificación de Jesús, el Espíritu es comunicado a los creyentes (Jn 7,39. Ver 153 y He 9,17; 19,2; Rom 5,5; Gál 3,2; Ef 1,13; 1 Jn 3,24). Lo reciben al entrar a la Iglesia, mediante el rito de la **imposición de las manos** (He 8,15; 19,6) que acompaña normalmente el bautismo (He 2,38; Tt 3,5; Jn 3,5). Pero Dios puede hacer excepciones y no está atado a los sacramentos (He 10,45).
- 193 El Espíritu se comunica a cada cual según la medida del don de Cristo (Rom 12,3; Ef 4,7; Heb 2,4) y manifiesta su presencia con **dones diversos** (1 Cor 12,3-12,31; Gál 3,5; Fl 1,10). Estos dones del Espíritu hacen de

- 194 Los dones espirituales (se usa a menudo la palabra **carisma**, que significa don: 1 Cor 1,7; 7,7; 12,31; 1 Pe 4,10) son para bien de la comunidad (1 Cor 14,1-6; 14,19; 14,32). Por eso merecen ser llamados también **servicios** («ministerios»), y obras (Rom 12,7; 1 Cor 12,5). Aun sabiendo que los dones y ministerios valen por cuanto fomentan el amor verdadero y la comunión (1 Cor 12,31; Ef 4,3), los ministerios más importantes son los ministerios apostólicos: fundaciones y responsables de Iglesias (1 Cor 12,28; Ef 4,11).
- 195 En cuanto a los ministerios de gobierno, ver com. de He 14,21. Se nombran los **apóstoles**, no solamente los Doce, sino algunos más (1 Cor 1,1; 9,1-6). Los **profetas** (1 Cor 12,28; Ef 2,20; 3,5; 4,20; Ap 11,10; 16,6; 18,20). Muy posiblemente Apolo era profeta, y también Timoteo y Tito (ver com. de He 11,19; 13,1; 15,32; 1 Tes 5,19; Heb 7,1; 1 Tim 4,14; 2 Tim 1,6). Los **obispos** (o sea, inspectores), elementos activos de los consejos de presbíteros (He 20,28; Fl 1,1; 1 Tim 3,1; Tt 1,7). Los **presbíteros** (eso es, ancianos): He 11,30; 14,23; 15,2-23; 21,18; 1 Tim 5,19; Tt 1,5; Stgo 5,14; 1 Pe 5,1. Los **diáconos**: Fl 1,1; 1 Tim 3,1 y com. de He 6.
- 196 Los dones espirituales, por diversos que sean, vienen de Cristo, cabeza única, y deben ordenarse con miras a la unidad del cuerpo que va creciendo: Jn 17,21; Ef 2,18; 2,22; 4,3; 4,12-13.
20. El Espíritu y la Espiritualidad cristiana
- 200 La vida cristiana era llamada antiguamente el **camino** (He 9,2; 19,9; 16,17; 18,25; 2 Pe 2,2) y no se apoya en mandamientos especiales (He 15,18). A tal punto que Pablo relaciona las exigencias de la moral sexual con la fe en Cristo y no con alguna ley (1 Cor 6,1; 1 Tes 4,2). Los cristianos de formación judía hablaron a veces como si Jesús hubiera confirmado la Ley del Antiguo Testamento (Stgo 1,25; 2,12; 4,11). Pero habitualmente entendieron que la **nueva Ley** proclamada por Jesús (com. de Mt 5,17) reemplazaba a la Ley del Antiguo Testamento (Mt 5,22; 5,28...). El **mandamiento único** del amor (Mt 22,39) sustituye a los numerosos preceptos de la Ley de Moisés (Mt 22,40; Rom 13,8; Gál 5,14).
- 201 Pero también se nos dice que Cristo nos liberó de toda ley humana (y no solamente de la Ley judía: Rom 7,4; Gál 4,5; Ef 2,15). Comprendermos, pues, que al hablar de Ley de Cristo, se le da otro sentido a la palabra ley (Rom 2,27; 8,2). No valorizamos demasiado el esfuerzo del hombre por cumplir la ley (Me 10,21; 10,27; Gál 2,16; 3,5), sino que debemos invitarlo a que se deje guiar por el Espíritu (Lc 10,33; Rom 8,14; Gál 5,16) que sólo transforma el corazón (Ez 36,25; Rom 2,29) y hace posible el cumplimiento de la Ley (Rom 8,4).
- 202 La entrada a la Iglesia (ver 192) hace de nosotros **criaturas nuevas** (2 Cor 5,17; Gál 6,15; Ef 4,24). Recreados en el Hijo (Ef 2,10), hijos del Padre (Rom 8,15; Jn 1,13), ya en la presente vida se nos comunica el Espíritu (Rom 12,11; Gál 4,6) como un anticipo de lo que será la vida definitiva y santa en el cielo (Rom 8,11; 8,23; Ef 1,14). En adelante estamos en **comunión con las Tres Personas divinas** (Jn 14-17; 1 Jn 1,3; 3,21-24; 4,15).
- 203 La vida cristiana supone la **cooperación constante del hombre con Dios**, que actúa en él mediante el Espíritu. Hemos muerto al pecado (Rom 6,11) y debemos hacer morir las obras de la «carne» (Rom 8,13). Hemos sido renovados y debemos andar por caminos nuevos (Rom 7,6). Hemos sido hechos justos y santos (Rom 6,2; 1 Cor 6,11) y debemos andar como santos (Rom 6,13; 6,19; Gál 5,25). Fuimos liberados (Rom 6,14; 8,2) y debemos libertarnos (1 Cor 7,15; 7,23). Se nos dio el amor de Dios (Rom 5,5; Jn 17,26) y debemos perseverar y progresar en el amor (Jn 15,9; 1 Cor 16,14; Fl 1,9; 1 Tes 3,12).
- 204 La vida nueva del cristiano se va vigorizando con la participación en la **eucaristía** (Jn 6,48-58), con las **obras buenas** (Stgo 2,14-28; 1 Jn 3,18; 2 Tes 1,11; Tt 2,14; 3,8; Heb 10,24; 2 Pe 1,10), con la **oración** (ver 230). Es fuente de **alegría** (Jn 16,24; He 13,52; Rom 14,17; 2 Cor 7,4; Gál 5,22; 1 Tes 1,6; 1 Pe 1,8), de **libertad** (Jn 8,32; 8,36; 2 Cor 3,17; Gál 5,1; 2 Tim 1,7; 1 Pe 2,16), de **paz** (2 Cor 13,4; Gál 5,22; Ef 6,23) y de **acción de gracias** (Rom 14,6; Ef 5,20; Col 3,17; 1 Tes 5,18). Obra, con la **perseverancia** (Lc 8,15; Lc 21,19; Rom 2,7; 5,3; Col 1,11; Heb 10,36; Stgo 1,4), una transformación de todo el ser (Rom 12,2; 1 Tes 5,23) haciéndolo capaz de tratar con Dios como hijo (Rom 8,15-17; 1 Jn 4,17-18) y de ser piedra viva del edificio espiritual (Ef 2,22; 1 Pe 2,5).
- 205 La vida cristiana se manifiesta antes que nada por tres fuerzas que solemos llamar **virtudes teológicas**, o sea, procedentes de Dios y orientadas hacia él, que son la fe, esperanza y el amor: 1 Cor 13,13; Gál 5,5-6; Ef 1,15-16; Col 1,4-5; 1 Tes 1,3; 5,8.

- 2) el don de fe, que consigue los milagros: 1 Cor 13,2; Stgo 1,5; Mc 11,20-24 y com.;
- 3) la primera de las virtudes teológicas (ver 205 y 211), nacida del primer acto de fe.
- 211 La fe del cristiano sigue siendo **sumisión a la Palabra de Dios** (Jn 12,44-46; Rom 10,14; 2 Tim 3,15; 4,3), recibida de los apóstoles y de Cristo mediante el testimonio de los apóstoles (ver 163). Acepta sin añadir ni restar (Dt 4,2; Ap 22,18) toda la doctrina de fe (1 Jn 1,13; 3,10-11) que guarda la Iglesia como **Tradición de los apóstoles**: 1 Tim 4,6; 2 Tim 2,8; 3,14.
- 212 El cristiano tiene la misma actitud de fe de los creyentes del Antiguo Testamento (Rom 4,23-25; Heb 11). Pero ahora nos han llegado las palabras definitivas (Heb 1,1-2; Jn 3,31; 4,26) en la persona del que es La Palabra de Dios (Jn 1,1; 1,18; Heb 2,2-3). Ver 152. En la persona de Jesús, Dios nos habla sin parábolas ni figuras (Jn 16,25-29).
- 213 La fe **actúa mediante el amor** (Gál 5,6) y se demuestra con las obras del amor (Stgo 2,14; 1 Cor 13,13). La fe debe crecer (2 Cor 10,15; 2 P 3,18) junto con el conocimiento de Dios. Junto con el amor, la fe es actitud propia del que **vive en la luz** (Rom 13,12; Ef 5,8; Col 1,12; 1 Jn 1,7; 2,9) y es una luz para el mundo (1 Tes 5,5).
- 214 La **esperanza nace de la fe** en las promesas de Dios (Ef 3,5-10; Heb 3,14; 6,11-20; 1 P 5,9). Esperamos lo que no vemos (Rom 8,4; Heb 11,1) y que ni siquiera nos habríamos atrevido a pensar (1 Cor 2,9; 2 P 1,4). Creemos que **Dios es fiel** (ver 40-44). Confiamos en Dios, que puede mantenernos en la fe y el amor (Fil 2,12; 1 Tes 5,23; 2 Tes 3,3; 1 Cor 1,8). La esperanza significa **perseverancia y constancia** en las pruebas (ver 204 y 217).
- 215 Israel esperaba de Dios prosperidad en su Tierra (ver 42) y Reino de justicia (ver 56 y 62). Al proclamar el Reino, Jesús recuerda que nuestra esperanza es algo colectivo (Mt 22; Lc 22,28-30; Mt 25,31-40), pero destaca el aspecto personal de la salvación (Mt 10,28; 10,32), desarrollando la fe en la Resurrección (ver 92-93).
- Esperamos **compartir la Gloria de Dios**. Seremos semejantes a Dios, porque lo veremos (1 Jn 3,2). Resucitaremos juntos (1 Cor 15,23) para ver a Dios (1 Cor 13,12) y formar un solo cuerpo en Cristo (Ef 2,16-22). En Dios **solo** encontraremos nuestra felicidad (Mt 25,21; Ap 21,6), y la humanidad, su fin (1 Cor 15,28; Ap 22,1-5). Esta es **nuestra herencia** (Lc 18,18; 1 P 1,4).
- 216 El Reino de Dios ya está presente en el hombre que vive en la gracia de Dios. Por eso todos los acontecimientos de su vida y sus mismas **necesidades materiales** tienen algo que ver con este Reino de Dios y con su propio progreso en la vida cristiana. Por eso, siendo hijo de Dios, espera del Padre el pan de cada día (Mt 6,11) y pide tanto por sus necesidades (Fil 4,6) como por las del mundo (Lc 18,1), sabiendo que Dios le proporcionará lo necesario para que, a su vez, pueda dar a otros (2 Cor 9,9).
- 217 La espera de la **venida de Cristo** está en el centro de la esperanza cristiana (Heb 1,11). Venida, llamada «parusia», o sea, visita (Mt 24,27; 1 Cor 15,23; 1 Tes 3,13; 1 Jn 2,28; Ap 3,10) o manifestación (1 Tim 6,14; 2 Tim 1,10; Tit 2,13). Esta venida parecería muy cercana a los primeros cristianos (1 Tes 4,13; Heb 10,25-37; 1 Pe 4,7; Stgo 5,8). Esta espera significa una actitud de vigilancia (Lc 12,32-48; Mt 25,1); estar despiertos para no hundirse en los proyectos y las codicias de este mundo (Lc 21,34; ver com. de Mc 13,33). Nos lleva a ser **constantes y perseverantes** en las pruebas (Fil 3,10; Rom 8,17; ver 184) y las persecuciones (Heb 12,2; 2 Tes 3,5; Lc 21,19; Mt 10,22; Ap 2,10; 3,21; 1 Pe 3,14). Trae la **alegría** aun en el sufrimiento (1 Pe 4,18; Mt 5,11). Nos hace **sobrios** (1 Tes 5,8) y **desprendidos** (1 Cor 7,29; Tit 2,12; 1 Pe 1,13).

22. El amor

- 220 El amor es fuerza que **viene de Dios**. En Dios el amor se identifica con la comunión entre sí de las Tres Personas divinas (ver 143). Dios se había dado a conocer a Moisés como El que existe y como Misericordioso (ver 32 y 39). Pero, después de conocer a Cristo, Juan dice: **Dios es amor** (1 Jn 4,8).
- 221 En el Antiguo Testamento se manifestó el amor de Dios mientras él se iba comunicando con los hombres. Israel, al mirar como Dios lo eligió, lo guió (Sal 89; 105; 106; 107; Is 63,7), lo perdonó (Ex 32,11-14) y lo rescató (Is 40,41) entiende el amor celoso de Dios por su pueblo (Is 5; 54,6-8). Los profetas, al tomar conciencia de la relación cada vez más estrecha que se estableció entre Dios y ellos, comprenden el amor fuerte (Ex 3,8; Mt 2,8), tierno (1 R 19) y exigente (Jer 15,10; 20,7) de Dios con sus amigos.
- 222 El amor a Dios es el **primer mandamiento** para Israel (Deut 6,1; 30) y seguirá siéndolo para los cristianos (Mc 12,28).

- perfecta a la voluntad del Padre (Heb 10,5; Jn 4,34; 6,38). Este amor **divino** que brota de su corazón, lo demuestra a sus amigos (Jn 11; Jn 13,1; 14,1; 17,18,8), a los marginados (Mc 1,40), a los pecadores (Lc 7,36; 19,1), a sus mismos enemigos (Lc 23,33), a todos (Mt 11,28; He 10,38). Y trata de que también ellos entiendan el amor que les tiene el Padre Dios (ver 137). Nosotros **amamos a Jesús** guardando su Palabra (Jn 14,15-23) y renunciando a todo para seguirlo (Mc 10,17-21; Lc 14,25).
- 224 En su Pasión y su muerte, Jesús llega a la cumbre del amor. Amor al Padre, **obediéndolo hasta la muerte de la cruz** (Mt 26,39; 27,46; Heb 4,15), mientras Dios calla; atenciones y perdón a los hombres (Lc 23,28; Jn 19,26; Lc 23,34-43). Jesús da todo a todos (Mc 10,45; 14,24; 2 Cor 5,14).
- 225 El amor al prójimo se nombra en algunos textos del Antiguo Testamento (Lev 19,18; Deut 10,8). Pero en muchísimos lugares de la Ley (Ex 20,12-17) y de los profetas (Am 1,2; Is 1,14-17; 10,2; 65,13; Jer 9,2,5; Ez 18,5-9; Mt 3,5) se afirma que no podemos agradar a Dios sin respetar al prójimo, **hacerle justicia**, liberarlo de toda opresión (Is 58) y promover a los más humildes (Ex 22,20-26; 23,4-12; Jer 9,4; 22,15; Pro 14,21; Ecl 4,25,1; Sab 2,10).
- 226 Jesús relaciona estrechamente los **dos mandamientos principales** (Mc 12,28-33). El amor al prójimo es la base de la moral cristiana (ver 201 y 203) en la medida en que trata de imitar el amor del Padre perfecto y misericordioso (Mt 5,48; Lc 6,36; Ef 5,1; 1 Jn 4,11) y es una respuesta al amor con que Dios nos amó primero (1 Jn 3,16; 4,10-19). El amor es fuerza que nos comunicó el Espíritu Santo (Rom 5,5) y se alimenta con la contemplación del amor sin límite de Cristo (Ef 3,18; 2 Cor 5,14).
- 227 En vísperas de su Pasión, Jesús presenta el amor entre hermanos como su **mandamiento nuevo**: Jn 13,12-15; 13,34-35; 15,9-13; 1 Jn 2,6-8.
- 228 El amor cristiano es don sin límite, llevándonos a hacernos esclavos unos de otros (Gál 5,13). **Va a todos** sin respetar las barreras sociales (Mc 2,13; Lc 10,29; 14,13; Gál 3,28). Se demuestra con el **perdón** (Mt 5,43; comentario y referencias; Mt 18,21) y no se niega a los enemigos. Inspira un esfuerzo por **comprender al otro**, respetar sus ideas (Rom 12,15-18; 14,1-10), soportar sus limitaciones (1 Cor 13). El amor, que acepta dar y recibir, **construye la Iglesia** (1 Cor 8,1; Ef 4,16; ver 196) y nos lleva a la perfección (Fil 1,9).
- 230 En toda la Biblia la **oración** es inseparable de la acción. Los modelos de la oración son aquellos que encabezan el pueblo de Dios: intercesión de Moisés por Israel (Ex 17,8; 32,11; 32,20; 33,12; Núm 11,11; 14,13). Moisés da la pauta de la intercesión: recuerda a Dios su **fidelidad**; su propio honor lo obliga a no abandonar a Israel, sino más bien a perdonarlo. Oración de David (2 Sam 7,18), de Salomón (1 R 8,22-60), de Ezequías (2 R 19,15), de Judas Macabeo (1 M 5,33; 11,71; 2 M 8,29; 15,20), de Ester (4,17), de Judit (9,2). Oración de **penitencia** de Esdras (9,6), de Nehemías (1,4), de Daniel (3,26; 9,4).
- 231 La **oración de intercesión** es propia de los profetas: su palabra y oración hacen y deshacen los acontecimientos. Así, Abraham (llamado profeta a consecuencia de su poder de intercesión: Gé 20,7), rogando por Sodoma (Gén 18,22). Así Elías (1 R 18,36), Amós (7,1), Jeremías (10,23; 14,7; 37,3). El profeta se siente dividido entre la compasión por su pueblo castigado (Jer 14,19; 8,18; Ex 9,8) y su celo por Dios traicionado (Jer 2,3; Ez 16). Su oración es un **enfrentamiento** con Dios (Núm 17,6; Ez 13,5; 22,30).
- 232 También es oración el **diálogo continuo** de los profetas con Dios a raíz de su llamado (Ex 4; 5,22; 17,4; Jer 12,1; 15,10; 20,7), llegando al encuentro cara a cara (Ex 33,18; 1 R 19,9).
- 233 Los Salmos son el libro de oración del pueblo de Dios. Ver página: Oremos con los salmos, p. 960. La oración surge de las mismas necesidades del que solicita. No pide cosas celestiales, sino la salvación concreta que necesita en ese preciso momento. Pero constantemente se olvida de sí para alabar a Dios: Sal 47; 81; 89; 95; 98; 113; 117; 135. Y no olvida que **en Dios está todo su bien**, pidiendo ver a Dios y morar en su casa (Sal 16,23; 27,7; 63,2; 65,5; 73,24).
- 234 Jesús ora (Mc 1,35; Mt 11,25; Lc 22,32; 23,33; Jn 11,42) especialmente antes de tomar decisiones importantes (Lc 3,21; 6,12; 9,18; 9,29; 23,46; Mc 14,36; Jn 8,29). Ver también Heb 5,7; 7,25. Jesús hace sus milagros para aquellos que le **piden con fe** (Lc 7,1; Mc 10,46) y que **perseveran** hasta que él les atienda (Mt 7,24); y nos dice que esa es la manera de pedir al Padre (Mt 11,13-13; 18,1; Mc 9,23; 11,22). Pero también nos enseña a pedir antes que nada por la gloria de la voluntad del Padre (Mt 6,10; 23,39; 26,39; Lc 10,41).

- 235 La oración de la Iglesia primitiva. En el mismo Templo de los judíos (Lc 24,5; He 3,1; 5,12) con las manos levantadas (1 Tim 2,8) o de rodillas (He 9,40). Oración comunitaria (He 1,14; ver Mt 18,19) frente a las situaciones difíciles (He 4,24; 6,6; 12,5).
- 236 Las cartas de Pablo contienen imitaciones a orar (Ef 6,18; Col 3,3; 1 Tes 5,17; Rom 15,30; 1 Cor 7,15; 1 Tim 2,1; 1 Tim 5,5) y acciones de gracias improvisadas (Rom 8,31; 11,33; 16,25; 2 Cor 1,3; Ef 1). La oración de intercesión es para el una lucha (ver 231; Rom 16,30; Fil 1,30; Col 4,12 y com. de Col 2,1; ver también com. de Gén 32,23). Siempre hay equilibrio entre la suplicación y la acción de gracias (Fil 4,6).
- 237 La oración en nombre de Jesús es propia del que comparte la misión de Jesús y se deja guiar por su Espíritu (Jn 14,12-13; 16,23). Es la oración perfecta del que ha llegado a la negación de sí mismo; no se guía por codicias humanas (Sgo 4,3), sino que lo inspira el Espíritu de los hijos adoptivos (Rom 8,15; 8,26). Esta oración se dirige al Padre (Gál 4,6), nos lleva a desear con todo nuestro ser lo que él quiere y lo que adelanta su Reino. Le pedimos cosas concretas (Mt 7,11), pero en otro sentido el Espíritu Santo es al que esperamos (Lc 11,13). Esta oración siempre escuchada trae el gozo (Jn 16,24).
- 238 Otros textos: 1 Pe 3,7; 4,7; Sgo 1,6; 5,16; Ap 5,8.
24. La misión y la evangelización
- 240 La palabra **misión** significa envío (com. de Mt 10,1). Jesús era el enviado del Padre para dar la Buena Nueva a Israel (Jn 3,17; 4,34; 6,38; 9,4; 10,36; 17,18; Mt 15,24), a los pobres y afligidos (Is 61,1; com. de Mt 5,1; Lc 7,22). Al dejar esta tierra Jesús envía a los apóstoles (Jn 20,21; Mt 28,19; He 1,8) y los acredita con señales del Espíritu Santo (Mc 16,17 y com. de Lc 10,1). **Apóstol** significa enviado (Lc 6,13). Después de los Doce, la Iglesia seguirá enviando a los apóstoles y misioneros (com. de Lc 5,1). Uno debe ser enviado por la Iglesia, lo mismo como los Doce por Cristo (Mc 3,13; He 26,16; 13,2; 19,14).
- 241 La tarea misionera es obra común de los apóstoles y del Espíritu Santo (Jn 14,26; Lc 24,49; He 1,4) que dará testimonio junto con ellos (Jn 15,26). El Espíritu anima al apóstol (1 Pe 1,12), pero luego la palabra del apóstol hace que el Espíritu venga a sus auditores. Quien recibe a los apóstoles recibe al Padre y al Hijo (Lc 10,16).
- 242 Los misioneros anuncian el Evangelio (eso es la Buena Nueva). En boca de Jesús, la Buena Nueva significa la llegada del Reino de Dios (ver 110-116) y la acompañan las numerosas curaciones que Jesús obra (com. de Mt 9,35; Lc 7,22). En boca de los apóstoles la Buena Nueva significa la realización de las promesas de Dios a Israel (He 13,32). Es la gracia del perdón y el don del Espíritu (He 2,38; 3,26; 10,43; 13,38). La Buena Nueva está toda en la venida de Jesús (Mc 1,1), que nos trae la paz (He 10,36; Ef 2,14). Para Pablo el Evangelio es el plan de salvación de Dios para todos los hombres (Rom 15,9; Ef 3,6). Su centro es la muerte y resurrección de Jesús (1 Cor 15,1). Es una fuerza que va conquistando el mundo (Rom 1,16; Col 1,6).
- 243 La predicción del Evangelio, cuando es acogida, trae consigo arrepentimiento (He 2,37-38; 3,19; 17,30; 26,20) y conversión (Mt 4,17; Mc 6,12; y 182). El hombre reconoce la situación de pecado en que estaba, junto con un mundo perdido (He 2,40; 3,26) y cree en el perdón que Dios le ofrece por Cristo (He 5,31; y 160-164). Esta conversión del corazón y del ser profundo es diferente de la que consiste solamente en dejar sus vicios (ver com. de Lc 3,7 y 7,24). Es obra de Dios (Ez 36; 1 R 18,37; Rom 2,4). En cambio, al rechazar la predicción, personas y sociedades se pierden (Mt 11,20; 12,41; Mc 16,16).
- 244 Evangelizar no es solamente anunciar el Evangelio, sino hacer que sea la Buena Nueva que a uno lo libera en las circunstancias concretas en que vive (com. de Mt 28,16). El Evangelio significa una sanación de toda la persona humana. Liberación de los prejuicios religiosos (Col 2,16-22; Gál 4,8-11) y de las barreras sociales (Gál 2,11). Trae una renovación de toda la cultura y una crítica radical del orden social (1 Cor 7,17-24). Lleva a una madurez del juicio y de las relaciones con los demás (Ef 4,14; 4,22-32).
- 245 Los que anuncian el Evangelio se presentan como los testigos de Cristo (He 1,8; Jn 15,27). Después de Jesús, testigo fiel (Ap 1,5; 3,14) que viene al mundo para dar testimonio de lo que ha oído del Padre (Jn 1,18; 3,11) y que da testimonio de lo que es él (Jn 8,13; 1 Tim 6,13), los apóstoles a su vez dan testimonio de él (Jn 15,17; 20,21). Mediante su testimonio, Dios es el que da testimonio (1 Jn 5,9).
- 246 Mártir, en idioma griego, significa testigo. Llamamos mártir al que sufrió y dio su vida para ser consecuente con su testimonio (Ap 2,13; 6,9; 11,3; 17,6; Mc 13,9; y com. de Mt 10,16). Debido al odio del diablo contra la Iglesia

25. El porvenir del mundo, el Juicio y la Resurrección

- 250 El Reino de Dios se desarrolla dentro del mundo, obra de Dios, como un fermento (Mt 13,33), capaz de transformarlo y de salvarlo (Jn 3,16). Este mundo, sin embargo, está bajo el poder del Malo (ver com. de Jn 3,11 y Jn 5,19) a consecuencia de la caída del hombre que alienó su libertad (Jn 8,34; Rom 8,18). Jesús, al morir, se ha quitado su poder de alguna manera (Mt 12,29; Jn 12,31). Sin embargo, al juzgar según las apariencias, sigue muy influyente (Mt 16,18) y anima una corriente poderosa que se opone a la verdad y la justicia (Jn 3,19) y que odia más que todo a los testigos de Cristo (Jn 15,18; Mt 10,16; Ap 12,17) y a su Iglesia (Ap 12,13). Esta corriente hostil es llamada a veces «el mundo» (Jn 16,33). A veces se llama «mundo» a los que no conocen su vocación de hijos de Dios (Jn 14,19; 16,20; 17,23; 1 Cor 5,10). Ver también 1 Jn 2,15.
- 251 Los creyentes están dentro del mundo sin ser del mundo (Jn 17,15). La Iglesia está al servicio del mundo para llevarlo a su fin verdadero (Mc 16,15; Col 1,20). No está al servicio de los proyectos del mundo (Sgo 4,4) ni de los ideales humanos de felicidad, de justicia y de paz, siempre limitados (Lc 12,13; 12,51), que olvidan la situación real del hombre pecador (Mt 4,1) y no entienden la salvación mediante la cruz (Mt 16,23; Lc 24,26; 1 Cor 1,20).
- 252 Sin embargo, al fijarnos en el Antiguo Testamento, descubrimos una pedagogía divina. Para que el hombre entienda su vocación divina, necesita probar los bienes de la tierra y luchar por ideales humanos (ver com. de Gén 13,7; Ex 3,16; Intr. a 1 R; com. de Mt 5,1). Ideales limitados que Dios lo ayudará a purificar poco a poco, llegando a entender el misterio de la cruz (ver com. de Lc 24,13).
- 253 Para su propio crecimiento, como para bien del mundo, el creyente se compromete en las tareas del mundo (Mt 25,14; 2 Tes 3,10; 1 Tim 4,3; Tit 3,8; com. de Mc 13,33) y con esto se hace cooperador de Dios Creador, que sigue actuando y creando (com. de Gén 1,28; Jn 5,7). La Iglesia puede esperar tiempos de paz y una irradiación del Evangelio (Ap 20,1). Su influencia será manifiesta (com. de Mt 13,31) e instituciones humanas de toda clase se cobijarán a su sombra (Mt 13,32). Sin embargo, habrá persecuciones (ver 251) además de los escándalos dentro de la Iglesia (Mt 13,47). El demonio favorecerá, contra ella, las falsas religiones (Ap 13,11) y los regímenes totalitarios (Ap 13,2) y a veces dará la impresión de haberla vencido (Ap 11,7; 13,14-17).
- 254 Después de numerosas crisis, llegará el tiempo del enfrentamiento final (ver 124) y del Anticristo (2 Tes 2,3-9; 1 Jn 1,18) como preludio de la venida de Cristo (Mc 13,26) y de la Resurrección (1 Tes 5,15; 1 Cor 15).
- 255 ¿Cuál será nuestra suerte después de la muerte? El hombre vive una sola vez (Heb 9,27; 6,4-8; Lc 16,27) y juega su eternidad en esta única vida. Ver la página: ¿Dónde están los muertos?

INDICE DE PALABRAS

(Las cifras en negra: 32 se refieren al Índice de la Enseñanza bíblica.)

Alabanza. ¡Alaben a Dios! Entre los salmos está el Hallel, o sea, los salmos del alabanza: Sal 111 al 118; Sal 135 y 136.

Alianza. Con Noé (Gén 8,20), con Abraham (Gén 15), con Israel (Ex 19 y 24). Renovación de la Alianza (Jos 24; 2 R 23; Ne 9,38). Límites de la Antigua Alianza (Heb 8 y com. de Deut 30,15). Promesa de la Nueva Alianza (Is 42,6; Jer 31; Ez 34; 37; Os 2; Mal 3,1). La Nueva Alianza (Mc 14,24; Gál 3; 2 Cor 3,6; Heb 12,18). Ver Testamento.

Alma: ver 83 y 93. Sacrificar su «alma»: 138. Después de la muerte: 255.

Amén. ¡Creo! Estoy de acuerdo! ¡Así sea!: 2 Cor 1,17-20; Ap 3,14.

Anatema. Consagración a Dios para una destrucción total (com. de Jos 6,1; 1 Sam 15; Deut 13, 13-18). Consagración a Dios en forma definitiva (Lev 27,28).

Ángeles: Com. de Gén 16; Ez 33,12; Is 6,1; Ez 1; Ap 8,1; Ver 15.

Anticristo: ver 95d.

Mc 1,14; 6-7; 9,33; 14,26; Mt 16,13; 16,21; Lc 9,1; 10,1; 22,24. Ver también 122 y 175. Los apóstoles de la Iglesia: 240. El apóstol en el mundo: 1 Cor 1,17; 4,1; 2 Cor 3,6; Ap 11.

Arrepentimiento: ver 244.

Arca de la Alianza: Ex 25,10; 1 Sam 4; 2 Sam 6; 1 R 8,6; Jer 3,16; 2 Mc 2; Ap 11,19.

Autoridad: Ex 18,13; 1 Sam 8; 12; Ez 34; Is 9; 10; 32; Mt 5; 7,10; Mt 23; Mc 9,33; Rom 13,1.

Ayuno: Is 58; Za 7; Jl 1,2; 1 Mac 3,47; He 13,2; Mc 2,18; Mt 6,16. Cuarentena de Jesús: Mt 4; Ex 25,28; 1 R 19,8.

Bautismo: ver 144; 180 a 182.

Carismas: ver 193 a 196.

Circuncisión: (Gén 17).

Confirmación: 183.

Consuelo-consolación: Is 40; 49; 51; 2 Cor 1,3; Ap 1,3; 22.

Conversión: ver 244.

Creación: 10-12; 141. La nueva creación: 150 a 154.

reyes hijos de David (1 Sam 9,11), de los sacerdotes (Sal 106,16), de Jesús (Is 61,1; Sal 2; Heb 1,9).

Decálogo: Ex 20,1; Deut 5,6.

Demonio. En el A. T. se atribuían a los demonios tanto los trastornos mentales como las tentaciones (1 Sam 16,14), los errores y perversiones de la humanidad (Deut 32,17). Poco a poco se destaca la persona del Diabolo (Tentador) o Satanás (Acusador: Job 1) que trajo la muerte a los hombres. Jesús habla del Malo (Mt 5,37; 6,13; 12,43; 13,39; 25,41), echa los espíritus impuros (Lc 6,18; Mc 5), se enfrenta con el Malo (Mt 4). Nos rescata del poder del Malo (He 10,38; Heb 2,14; Jn 12,31; 17,15; 1 Jn 2,13).

Descanso: Gén 2,1; Ex 20,8; Mc 3,1; Jn 5; Sal 95; Heb 3.

Esenios: ver com. de Lc 1,57.

Fariseos: Mc 8,11; Mt 23; Lc 18,9; He 9; Fil 3,4.

Hermanos de Jesús: Mc 3,31; 6,3; 15,40; Jn 7,3; He 1,14; 1 Cor 9,5; Gal 1,19.

Hijo, Jesús Hijo de Dios: 100; 101; 105; 141 a 143; Israel también (Ex 4,22; Os 11,1; Jer 3,19; Sal 18,13), y los descendientes de David (2 Sam 7,14).

Hijos de Dios. Los ángeles (Deut 32,8; Job 1,6).

Intercesión: 230; 231; 234; 237; 238.

Juicio: 56; 145; 116; 255.

Juramento: Ex 20,7; Núm 5,14; Mt 5,33.

Justicia: de Dios, o sea, intervención de Dios para establecer un orden justo (Is 41,2; 45,8; Sal 85,11-14; 36; 54; 56; 88). Justicia del hombre a los ojos de Dios: ver **Justificación**. Justicia con el prójimo: Ex 23,1-3; 225.

Justificación: Dios hace justo, o sea, santo, al hombre al reconciliarlo (182; 202; 203).

Kerigma: predicción primitiva de los apóstoles.

Ministerios. Clero del Antiguo Testamento (Núm. 4; Heb 5-8; Núm. 16). En la Iglesia primitiva (186 y 195).

Misericordia de Dios: 39; 40 a 43; 136; 161; 162; 223; del hombre: 54; 77; 87; 225; 228; 118.

Misión: ver 240 a 242.

Misterio. El plan salvador de Dios para todas las naciones (242). Ver Rom 16,25; 11,19; 3,3; Gal 1,26; 1 Tim 3,16; Ap 10,7.

Paganos: ver com. de Mc 7,24; Mt 23,11.

Paráclito: ver com. de Jn 14,16 y 14,26; 16,7.

Pascuas: ver com. de Mc 14,1 y de Ex 12,1; 134.

Penitencia: ver **Arrepentimiento**. Sacramento del perdón: 184.

Pobres: ver 54; 55; 113; 224.

Profetas: ver página especial. También 180; 1 Sam 9,10. Profetas en la Iglesia: 195 y He 2,17; 11,27; 21,9; Rom 12,6; 1 Tim 1,18.

Providencia: 14; 88 y 216.

Publicanos: Com. de Mc 2,13; Mt 11,19; 21,31; Lc 3,12; 7,29; 15,1; 18,10; 19,2.

Resto de Israel. Los sobrevivientes de Benjamín, después que Dios haya castigado a su pueblo (Am 3,11; Ez 5,3; 6,8), reunidos por Dios (Is 11,11; Mt 4,6), purificados por la prueba (Ez 12,16), que vivieron en presencia de Dios (ver 56). También Lc 12,32.

Virginidad: la Virgen de Israel (ver com. de Lc 7,14).

María la virgen: (Mt 1,18; Lc 1,26; Mc 6,1) Jesús valoriza la virginidad (Mt 19,10) y también Pablo (1 Cor 7).

Viudas: Judit (8,2); ver Lc 2,36; 21,1. En la Iglesia (1 Tim 5,3).

«hermano del Señor»: Mt 13,55; 6,3; He 12,17; 15,13; 21,18.

Simeón: Lc 2,25.

Zacarías: Lc 1,5; 1,59.

Zaqueo: Lc 19,1.

LA IGLESIA DE LOS APOSTOLES

Bernabé: He 4,36; 9,27; 11,22; 13,1; 15,36.

Cornelio: He 10.

Esteban: He 5,5; 6,60.

Felipe diácono: He 6,5; 8,5; 21,8.

Lucas: Col 4,14; 2 Tim 4,11; Filem 24.

Marcos: He 12,12; 15,37; Col 4,10; 2 Tim 4,11; 1 Tm 5,13.

Matías: He 1,15-26.

Pablo: Su vida: He 22,1-5; Fil 3,4-11; He 7,58; 8,1; 26,9. Conversión: He 9,1-22; 22,3; 26,1; Gal 1,15-24; 1 Tim 1-12. Sus misiones: He 9,23-30; 11,25; 13-21; 2 Cor 11. Viaje a Roma: He 13-21.

Pedro: En la Iglesia de Jerusalén: He 1,2; 4,1-23; 5,26; Gal 2,7; 2,11. Misiones: He 9,31; 10; 1 Cor 1,12. Liberación de Pedro: He 12,3. Concilio de Jerusalén: He 15,7.

Priscila: He 18,2; Rom 16,3.

Simón el Mago: He 8,9.

Timoteo: He 16,1.

RESUMEN Y FECHAS DE LA HISTORIA SAGRADA ANTIGUO TESTAMENTO

Podemos dividir la Historia de Israel en cuatro grandes periodos: Los Patriarcas, el Exodo y la Conquista, el tiempo de los Reyes, la Comunidad judía después del destierro.

El tiempo de los Patriarcas

Antes de que Israel fuera un pueblo, familias nómadas, de raza amorrea, recorrían con sus rebaños los territorios de Mesopotamia, de Siria y de Canaán, llegando hasta Egipto. Israel guardaba recuerdos de esos lejanos antepasados, en especial de dos de ellos:

Abraham había marchado de Jarán a Canaán, por una promesa de Dios que le daría una tierra y una descendencia en ese país.

Jacob había recibido nuevamente bendiciones de Dios mientras se esforzaba por establecerse en Canaán.

Abraham y Jacob y sus semejantes eran nómadas pobres y analfabetos. Se desplazaban con sus carpas y rebaños en los confines de las dos grandes civilizaciones de aquel tiempo: Mesopotamia y Egipto. A ellos los llamaba Dios para que de ellos saliera su pueblo, instrumento suyo para llevar a madurez y a feliz término la historia de toda la humanidad.

El Exodo y la Conquista

A Egipto entraban y de Egipto salían los nómadas. Uno de esos grupos huyó de la esclavitud bajo la conducta de **Moisés**. El milagro con que fueron favorecidos, pasando el **Mar Rojo**, fue para ellos la señal de que Dios los libraba para ponerlos a su servicio. Moisés fue su guía y su profeta, enseñándoles a **Yavé** Único.

En el **Sinai** se concluye la Alianza entre Yavé e Israel: Ustedes serán mi propio pueblo entre todos los pueblos de la tierra (Ex 19,6).

En los oasis de **Cadés** el grupo de Moisés se junta con otros de su misma raza que adoptan la Ley de Moisés: Dios Único, Celoso y Justo no tolera ninguna imagen divina. El Pueblo de Dios deberá imponerse por las armas antes que pactar con la civilización y la religión de los cananeos.

Muerto Moisés, **Josué**, con una fracción de Israel, conquista parte de la tierra de Canaán. El pueblo de las 12 tribus, todavía muy independientes, toma conciencia de su identidad en el siglo siguiente, mientras los «Jueces» encabezan sus luchas contra los opresores.

El tiempo de los Reyes

La llegada por mar de los filisteos, que ocupan la costa

1800 a 1700: Abraham.

1600 a 1500: Jacob.

La historia de los Patriarcas es, antes que nada, un elogio de la fe auténtica (ver Heb 11,8-11). Se cuenta en Génesis 12 a 50.

1250: Exodo de Moisés.

Toda esta historia está en Exodo 1-20; 24; 32-34. También en Números 11-14 y 20-25.

Según la Biblia, los israelitas estuvieron 40 años en Cadés: Núm 14.

1200: Josué.

Ver mapa p. 260.

1000: David toma Jerusalén.

NOMBRES DE PERSONAS

LOS QUE RODEARON A JESUS

Apóstoles-Nómina de los doce: Mt 10,2; He 1,13.

Llamado: Jn 1,35-51; Lc 5,1-11.

Isabel: Lc 1,39-56.

Jairo: Mc 5,22.

José: Mt 1,2; Lc 1,2; 3,23; 4,22; Jn 6,42.

Juan Bautista: Lc 1,57-80; 3,1-18; Jn 1,19-28. Juan Bautista y Jesús: Lc 7,18-35; Jn 3,22-36; 10,41.

Juan Bautista y Elías: Mt 17,10.

Lázaro: Jn 11,12,1.

María: 106 a 108.

María Magdalena: Mt 27,56; 27,61; 28,1; Lc 8,2; 24,10; Jn 12,1; 19,25; 20,1; 20,11. María y Marta: Lc 10,38; Jn 11.

María de Cleofás: Mt 27,56; 28,1; Jn 19,25.

Nicodemo: Jn 3,1-21; 7,50; 19,39.

Pedro-Vocación: Jn 1,42; Mt 4,17; Lc 5,1. Pedro, Santiago y Juan: Mc 5,37; 9,2; 13,3; 14,33. Promesas a Pedro: Mt 16,13; Jn 21,15; Fe de Pedro: Jn 6,68; Lc 9,18; 22,31. Negación de Pedro: Mc 14,53; Lc 22,61.

Salomé: Mt 27,56; Mc 15,40; Mt 20,20.

Samaritana: Jn 4,7.

Santiago hermano de Juan: Mc 1,19; 3,17; He 1,13; 12,2.

Santiago hijo de Alfeo: Mt 10,3; He 1,13; Mt 27,56; Lc 24,10. Posiblemente es el mismo que Santiago

- 970 a 932: Reinado de Salomón. Entonces se redactan las partes más antiguas de la Biblia en Gén. Ex y los libros de Samuel.
- 931: El Cisma.

que muere en la guerra, **David** conquista Palestina y sus alrededores. Al tomar Jerusalén, hace de ella el centro de la unidad nacional. David se porta como servidor de Yavé y profeta, y recibe de Dios una promesa para sus descendientes que reinarán después de él.

Salomón, hijo de David, construye el Templo de Jerusalén, que reemplazará todos los antiguos santuarios. Hace de Israel una nación de sedentarios, organizada y urbanizada.

Al morir Salomón, se produce el **Cisma** o división del reino.

El **Reino de Judá** (al sur) se queda con los reyes descendientes de David, con la capital Jerusalén, con el Templo.

Reyes, sacerdotes y profetas orientan la comunidad de modos muy distintos, haciendo que la fe antigua se adapte a la nueva sociedad.

Grandes profetas: **Isaías, Miqueas, Sofonías, Jeremías, Ezequiel**, promueven una fe personal en el Dios Vivo, fe que exige Justicia y Sinceridad. Recuerdan las promesas de Dios a Israel: él los lleva, en medio de sus infidelidades y sus pruebas, a un Reino de Justicia con el rey-Mesías, que será como un nuevo David.

Finalmente, el reino de Judá es destruido por los Babilonios, Jerusalén y el Templo quemados y los élites desterrados a Babilonia.

La Comunidad Judía después del Destierro

Ciro, fundador del Imperio persa, conquista Babilonia y devuelve la libertad a los judíos desterrados en ella. Estos se reorganizan en Jerusalén. Ya no hay reyes y los profetas van a escasear. Los sacerdotes dirigen la comunidad, la Ley de Moisés, definitivamente redactada por **Esdras**, rige la vida civil y religiosa. El Templo y el culto son la razón de vivir de ese pueblo «santo», o sea, diferente a los demás por ser el del único Dios.

Una crisis cultural y religiosa se produce con la penetración de la cultura griega. Una minoría, los «piadosos», promueve una reafirmación de la religión judía e introduce la fe en la resurrección de los muertos.

El **Reino de Israel** (al norte), más grande y próspero, tendrá inestabilidad política y sufrirá tensiones entre una fe apegada a lo antiguo y las tentaciones de la vida moderna y las religiones cananicas.

Tres grandes profetas: **Eliás, Eliseo y Oseas** se esfuerzan por traer al pueblo a Yavé, en una fidelidad renovada.

Finalmente, el Reino de Israel es destruido por los asirios, su capital Samaria tomada y sus élites deportados.

- 850-800: Profetizan Elías y Eliseo durante las guerras con Aram.

- 740: Empieza la profecía de Isaías, que ve la caída de Samaria en 722, y el sitio y liberación de Jerusalén en 690.

Este es el tiempo en que se redacta la historia de espíritu profético: Josué, Jueces, Samuel y Reyes.

- 622: Descubrimiento del Deuteronomio y reforma de Josías. Jeremías profetiza de 626 a la destrucción de Jerusalén en 587.

- 538: Decreto de Ciro. 520-515: Construcción del segundo Templo.

- 450-400: Esdras impone la Ley y reúne los libros sagrados.

- 330: Alejandro Magno se apodera del Imperio persa y trae la cultura griega.

- 167: Sublevamiento de Matusías.

- 160: Muerte de Judas Macabeo.

- 135-75: Independencia y conquistas.

- 63: Pompeyo toma Jerusalén.

- 40-4: Reinado de Herodes.

- 250: En Alejandría (Egipto), traducción de la Biblia al griego, dicha de Los Setenta, para los judíos de la emigración.

cia armada, encabezada por los **Macabeos**, consigue la paz religiosa. Más aún, los judíos vuelven a constituirse en nación independiente.

En el siglo siguiente, las rivalidades por el poder traen la intervención de los extranjeros: el Imperio romano impone su dominación, más disfrazada bajo el reinado de Herodes el Grande, en forma abierta cuando él muere. Este es el momento en que nace Jesús.

Mientras tanto, muchísimos judíos han emigrado a todas las grandes ciudades del mundo mediterráneo y de Medio Oriente, formando comunidades muy unidas por la observancia de la Ley, y empiezan a difundir la fe en el Dios Único.

¿QUE HUBO DE LOS APOSTOLES HASTA NOSOTROS?

Setenta generaciones de cristianos se han sucedido desde el tiempo de los apóstoles. Hablar de la Iglesia es hablar de estos hermanos nuestros; es fácil criticarlos o pensar que debían haber sido mejores; es más difícil conocer el mundo en que vivieron, muy diferente del nuestro, y comprender lo que trataron de realizar, llevados por su fe.

Hombres libres, vírgenes y mártires

Los cristianos de los primeros siglos gozaron al sentirse liberados: liberados de las supersticiones paganas como de su propio temor y egoísmo. Pero pagaron cara esta libertad. En su tiempo no había ley superior a la voluntad del emperador o a las costumbres de su pueblo, pero ellos ponían a Cristo por encima de las autoridades humanas y, por ser opositores de conciencia, los trataron como a malhechores. El amor cristiano y la virginidad insultaban los vicios del mundo pagano.

De ahí que los cristianos fueran perseguidos. Durante tres siglos hubo represión y mártires, a veces en una provincia del imperio, a veces en otra. En algunos periodos todas las fuerzas del poder se desencadenaron contra ellos y pensaron acabar con el nombre de Cristo. Pero las multitudes que para divertirse iban a contemplar los suplicios infligidos a los cristianos volvían avergonzadas de su propia maldad y convencidas que la verdadera humanidad estaba en los perseguidos.

La conversión de Constantino

Mientras tanto el mundo romano entraba en decadencia. Antes que fuera vencido por sus enemigos se debilitaron las fuerzas espirituales que lo habían encumbrado; ya no tenían vida las creencias antiguas. En el año 315 el propio emperador Constantino pidió ser bautizado y, después de él, los gobernantes fueron cristianos. Este fue un acontecimiento decisivo para la Iglesia, que pasaba a ser protegida en vez de perseguida.

Pero este triunfo trajo consigo desventajas que se iban a medir con el tiempo. En adelante la Iglesia debió ser la fuerza espiritual que necesitaban esos pueblos del Imperio romano, reemplazando a las falsas religiones, y sus puertas se abrieron para

educadora de un «pueblo cristiano» que no difería mucho del anterior «pueblo pagano». Lo que se ganaba en cantidad se perdía en calidad. Los emperadores «cristianos» tampoco diferían de sus predecesores. Así como éstos habían sido la suma autoridad en la religión pagana, ellos también quisieron dirigir la Iglesia, nombrar y controlar a sus obispos; protegían la fe y sometían las conciencias.

Por otra parte, al salir de la clandestinidad o de una situación postergada, los cristianos tuvieron que meterse más en los problemas del mundo. ¿Cómo podían conciliar la cultura de su tiempo con la fe? Ese fue el tiempo en que los obispos a los que llaman «los Santos Padres» hicieron una amplia exposición de la fe respondiendo a las preguntas de sus contemporáneos. Entre los de más genio se destacó San Agustín.

Hay gente que prefiere no ver los puntos difíciles de la fe. Pero los que se atreven a profundizarlos, como se debe, no siempre se cuidan de los errores. El error que más se difundió y por poco arrastró a la Iglesia fue el «arrianismo»: por miedo a dividir el Dios único, los arrianos negaban que Cristo fuera el Hijo igual al Padre; lo consideraban solamente como el primero entre los seres de toda la creación. Los emperadores arrianos designaban obispos arrianos; pero como lo había prometido Jesús, el Espíritu Santo mantuvo la fe del pueblo cristiano y el error retrocedió.

En esos tiempos los cristianos deseosos de perfección, al ver que la Iglesia no era ya la comunidad fervorosa del tiempo de los mártires, empezaron a organizarse en comunidades austeras y exigentes. Les pareció necesario aislarse de la vida cómoda para buscar a Dios con toda el alma, y así, en los desiertos de Egipto primero, y luego por todo el mundo cristiano hubo monjes y eremitas. Los monjes mantuvieron en la Iglesia el ideal de una vida perfecta, totalmente entregada a Cristo. Su existencia tan mortificada les permitió conocer hasta los últimos rincones del corazón humano. Y Dios, por su parte, les hizo experimentar la transformación o divinización reservada a quienes lo dejaron todo por él.

El fermento en la masa

Cuando se derrumbó el Imperio romano invadido por los bárbaros, devastado, arruinado, despedazado, pareció que fuera el fin del mundo. (Hablamos siempre del Imperio romano, no porque fuera el único lugar poblado en el mundo sino porque, de hecho, los predicadores cristianos no habían salido, o poco, de sus fronteras.)

Pero, en realidad, esta destrucción anunciada por Juan en el Apocalipsis dio la partida para otros tiempos; la Iglesia no pereció en ese torbellino, sino que descubrió una nueva tarea: evangelizar y educar a los pueblos que, después de las invasiones bárbaras, habían vuelto a una sociedad más pobre, muy inculta y totalmente desorganizada.

Estos pueblos no conocían otra fuerza moral u otra institución firme que la de la Iglesia. Muchas veces el obispo había sido el único que se constituyera en «Defensor del pueblo» frente a los invasores. No había otros que los clérigos para educar al pueblo; en los monasterios se guardaban al lado de las Escrituras Sagradas los libros de la cultura antigua. La Iglesia fue el alma de esos pueblos primitivos, crueles, generosos y excesivos en todo. Y mientras luchaba perseverantemente para limitar guerras y venganzas, proteger a la mujer y al niño, desarrollar el sentido del trabajo constructivo, ella misma se dejó penetrar por las supersticiones y la corrupción. Por momentos pareció que hasta las más altas autoridades, los Papas, se hundieran en los vicios del mundo, pero lo sembrado entre lágrimas floreció con el tiempo.

Lo mismo como, en la Historia Sagrada, Dios había educado al pueblo primitivo de Israel, dejando que muchos errores solamente se corrigieran con el tiempo, así pasó con la llamada *Cristiandad*, o sea, con esos pueblos de Europa que aprendían

Católicos y Ortodoxos: El Cisma

La parte oriental del Imperio romano había resistido a las invasiones bárbaras. Esta parte de la Iglesia, llamada Griega u Ortodoxa, y que luego evangelizaría a Rusia, se apartó poco a poco de la parte occidental ocupada por los bárbaros y animada por la Iglesia de Roma. Hubo dos Iglesias diferentes por la cultura, el idioma y las prácticas religiosas, a pesar de que guardaban la misma fe, y esto no era malo. Pero ambas cometieron el pecado de fijarse más en sus propias costumbres que en la fe común, y así, la Iglesia oriental se apartó del Papa, sucesor de Pedro en Roma.

Posteriormente los turcos, que se adherían a la religión de Mahoma, conquistaron los restos del Imperio romano en Oriente y solamente quedaron escasas comunidades cristianas ahí donde habían prosperado las antiguas Iglesias de Siria, Palestina, Egipto... En tiempos actuales, Grecia, Rumania y, más que todo, Rusia, forman lo más importante del mundo ortodoxo.

La Iglesia y la Biblia

En el año 1460 los descubrimientos de Gutenberg permitieron imprimir libros. En tiempos anteriores no había sino libros escritos a mano, caros y escasos. No estaba al alcance del hombre común tener una Biblia ni siquiera un Evangelio. La Biblia se leía en la Iglesia y servía de base para la predicación. Y para que estuviera más presente en la memoria de los fieles, no se construían templos sin adornarlos por todas partes con pinturas, esculturas o vitrales que reproducían escenas bíblicas.

Pero en adelante cada uno podría tener las Escrituras Sagradas con tal que supiera leer. Este descubrimiento técnico iba a precipitar una crisis latente en la Iglesia. Porque durante siglos las instituciones de la Iglesia, su clero, sus religiosos, habían forjado la cultura y la unidad del mundo cristiano; siendo sus guías en lo político como en lo espiritual, las preocupaciones materiales superaban muy a menudo la dedicación por el Evangelio. Muchos hombres destacados, religiosos, santos, habían protestado pidiendo reformas. Pero las reformas no salían adelante. Con la impresión de la Biblia, muchos pensaron que la única solución para reformar la Iglesia era entregar a todos el Libro Sagrado para que, al leerlo, bebieran el mensaje en su misma fuente y corrigieran los desvíos y malas costumbres establecidas.

Cuando Martín Lutero tomó la iniciativa de una Iglesia reformada, apartándose de la Iglesia oficial, acometió la obra de traducir toda la Biblia al idioma de su pueblo, el alemán, pues hasta entonces se publicaba casi siempre en latín.

Es que, en la Iglesia, la mayoría de los clérigos, desconociendo el provecho que se sacaría de la lectura individual de la Palabra de Dios, se fijaban más bien en los peligros de que cada uno se creyera capacitado para comprenderlo todo sin error si se entregaba el Libro Sagrado a todos. No se equivocaban totalmente, pues apenas Lutero hubo traducido la Biblia, sus seguidores empezaron a pelear entre ellos y a fundar Iglesias opuestas, segura cada una de retener sola la verdad.

Cuando, años después, la Iglesia se reformó a sí misma, no por eso se promovió suficientemente el interés por la Biblia. Predicadores y misioneros no dejaban de enseñar el Evangelio, pero todo llegaba al pueblo desde arriba sin que fuera estimulado a buscar personalmente la verdad.

Conquistadores y misioneros

Desde los Apóstoles, los creyentes se han preocupado por transmitir su fe a los demás. También hubo misioneros que se aventuraron entre los pueblos enemigos o

por la Iglesia, creyeron que se había cumplido la tarea misionera. ¿Qué había fuera de los países cristianos? Ellos hubieran contestado: «Los moros, nada más.» Los moros, es decir, los pueblos árabes de religión musulmana, enemigos encarnizados de los países cristianos. Y no pensaban que hubiera pueblos más allá.

Algunos profetas como Francisco de Asís o Ramón Lull comprendieron que sería mejor anunciar a Cristo entre los musulmanes que luchar contra ellos con armas. También misioneros como Juan de Montecorvino recorrieron toda Asia a pie, hasta China. Pero fueron excepciones. Ya en estos tiempos, que nos parecen lejanos, las Iglesias de Europa tenían siglos de tradición; tenían su cultura, su manera propia de reflexionar la fe y de vivir el Evangelio. Y para los hombres de ese tiempo era muy costoso comprender a pueblos de otra cultura y transmitirles el Evangelio de manera que pudieran organizarse en Iglesia según su temperamento propio y conforme a su idiosincrasia. Por esto las Iglesias fundadas en los extremos del mundo no prosperaron y la Iglesia se confundió con la cristiandad europea.

Pero cuando Marco Polo, Vasco de Gama y Cristóbal Colón abrieron el muro de ignorancia que protegía a la cristiandad, la Iglesia conoció la dimensión real del mundo que no había recibido todavía el Evangelio: África, Asia y América.

Eran aventureros los conquistadores, pues la gente tranquila no suele arriesgarse en tales cosas. Pero apenas descubrieron el Nuevo Mundo los acompañaron los aventureros de la fe, ansiosos por conquistar para Cristo a los que todavía no lo conocían, y entre los que partieron así sin armas, sin otra preparación que su fe, no faltaron los santos ni los mártires.

La misión en América pareció que sería muy fácil y fecunda. Los españoles habían destruido las naciones indígenas y, a veces, arrasado su cultura. Los indios no se resistieron a la fe, y en varios lugares se concedieron privilegios a los que se hacían cristianos. Poca gente se dio cuenta de que la cristianización era muy superficial. Bajo la película delgada de las prácticas católicas los pueblos indios guardaban sus creencias paganas. Seguían muy religiosos como lo eran antes, pero a su manera, y, si bien es cierto que la Iglesia suprimió costumbres inhumanas e hizo obra de educación moral, los hombres, en su mayoría, no se encontraron con Cristo ni se convirtieron a su mensaje en forma responsable.

La rebeldía de los laicos

Al hablar de la cristiandad dijimos que la Iglesia se había hecho responsable de muchos sectores de la vida pública, y esto, por necesidad, porque no había autoridad civil o militar que se encargara de ellos. El clero fundaba y atendía las escuelas y universidades; los religiosos se hacían cargo de la Salud Pública; hospitales, hospicios, orfanatos. Los monjes colonizaban y valorizaban las tierras sin cultivar.

Pero llegó el día en que los más conscientes entre los dirigentes e intelectuales comprendieron que todas estas tareas debían ser devueltas a las autoridades civiles. En esto estaban de acuerdo con el Evangelio, que distinguió lo que es del César y lo que es de Dios. Pero también en esto se enfrentaron con las ideas tradicionales. Raras veces nos convencemos de que debemos transmitir a otro una responsabilidad nuestra. Así pasó con las autoridades de la Iglesia. De tal manera que los cambios necesarios para que la cristiandad decadente diera lugar a naciones modernas, a instituciones laicas, a ciencias independientes, se hicieron en forma de lucha. Todos saben el proceso ridículo hecho al físico Galileo y los conflictos políticos que hubo entre los papas y los reyes.

La Iglesia y el mundo moderno

En los últimos cuatro siglos, el mundo ha conocido más crisis, más adelantos,

universo, que le permitieron construir la ciencia, desarrollar las técnicas, dominar los otros continentes. Por supuesto que las conquistas y la colonización obedecían motivos muy extraños a la fe, pero, aun con esto, llevaban a efecto el plan de Dios que, desde el comienzo, contempló la reunificación de todos los pueblos.

La Iglesia participó de esta extensión. En el siglo XIX hubo hasta 100.000 misioneros, sacerdotes y religiosas, empeñados en la evangelización y educación en Asia, África y América.

Lo más importante, sin embargo, sucedía en Europa. La Iglesia se veía enfrentada a esta cultura moderna que había salido de ella, pero que, ahora independizada, se volvía su enemiga. Los espíritus ilustrados pensaban comúnmente que eran capaces de dar a la humanidad progreso, felicidad y paz, y no veían en la Iglesia sino ignorancia y prejuicios, en una palabra: el mayor obstáculo para la liberación de los hombres. Muchos se atrevieron a predecir la muerte del cristianismo antes del siglo XX.

Esta situación compleja obligó a la Iglesia a salir de su seguridad y a responder interrogantes cada vez más cruciales. Bien era cierto que Cristo le había entregado la verdad y reinaba después de resucitado. Pero la Iglesia tenía que descubrir y probar cada día lo que significaba esta verdad para hombres diferentes. Y no era para ella el momento de reinar, sino de servir en medio de las humillaciones.

El gran siglo de la evangelización

El siglo XX parece que ha simplificado la situación. Por una parte, al cabo de tres siglos de luchas estériles, la Iglesia se ha dado cuenta que, al perder sus recursos, su poder político y su monopolio cultural, ha vuelto a encontrar su verdadera misión, que es la de ser en el mundo una fuente de amor y de unidad, la levadura en la masa.

La Iglesia no es más que una minoría en el mundo: unos 700 millones de católicos entre cuatro mil millones de pobladores de la tierra. Pero son, más que nunca, una minoría inquieta y preocupada por todo lo humano, sabiendo que la obra de Dios es salvar todo lo humano.

Por otra parte, la cultura laicizada que pretendía solucionar todos los apuros de la humanidad sin recurrir a la fe, ha visto sus límites y, luego, su fracaso. Los mejores entre los que piensan, reconocen que la humanidad corre al caos si los hombres no vuelven a tener una fe, una esperanza y una visión común de su destino. De otra manera, las tensiones entre ricos y pobres, el choque de las ideologías, el desconcierto de las sabidurías humanas, nos lleva directamente a un enfrentamiento universal.

En muchas partes del mundo, la Iglesia, que antes iba de la mano con los gobernantes, es perseguida. Esto sucede en los países comunistas, decididos a eliminar toda religión; esto sucede en países dominados por otra religión, como son los musulmanes y los hindúes; esto sucede en las mismas sociedades que se proclaman cristianas, pero dan de espaldas a la justicia y el respeto al hombre, como es el caso en América.

Ahora bien, la Iglesia entiende mejor lo que es dar testimonio de Cristo y entregar su Buena Nueva a los pobres. Deja de ser una institución dirigida por una clase superior, el clero, y vuelve a ser una comunidad de comunidades. La Iglesia entiende que para todos los pueblos se acerca el desastre si no saben reconciliarse; y la reconciliación en base a la verdad, la justicia y el perdón, es el fruto de la Evangelización. Para quien no se detiene en la mediocridad inevitable de la mayoría de los creyentes, ni en los errores en el recorrido, ni en la lentitud de ciertos cambios, no cabe duda que este siglo es el gran siglo de la evangelización de las naciones.

¿Habrá otro después?

INDICE

ANTIGUO TESTAMENTO

Génesis	Gén	37
Exodo	Ex	88
Levítico	Lev	128
Números	Núm	151
Deuteronomio	Dt	182
Josué	Jos	210
Jueces	Jue	228
1-2 Samuel	1 y 2 Sam	248
1-2 Reyes	1 y 2 Re	298
1-2 Crónicas	1 y 2 Cro	352
Esdras-Nehemías	Es-Ne	382
1-2 Macabeos	1 y 2 Mac	402
Isaías	Is	444
Jeremías	Jer	504
Ezequiel	Ez	553
Oseas	Os	590
Joel	Jl	597
Amós	Am	599
Abdías	Abd	605
Jonás	Jon	606
Miqueas	Mi	608
Nahum	Na	612
Habacuc	Hab	614
Sofonías	Sof	617
Ageo	Ag	619
Zacarías	Za	621
Malaquías	Mal	628
Daniel	Dn	631
Job	Job	649
Proverbios	Pro	675
Eclesiastés	Ec	693
Cantar	Cant	700

Ester	Est	716
Tobías	Tob	726
Judit	Jdt	734
Baruc	Ba	744
Sabiduría	Sab	749
Sirácides	Sir	763
Salmos	Sal	795

NUEVO TESTAMENTO

Evangelio según Mateo	Mt	5
Evangelio según Marcos	Mc	56
Evangelio según Lucas	Lc	94
Evangelio según Juan	Jn	149
Hechos de los apóstoles	He	189
Carta a los Romanos	Rom	230
1 Carta a los Corintios	1 Co	252
2 Carta a los Corintios	2 Co	271
Carta a los Gálatas	Gál	283
Carta a los Efesios	Ef	290
Carta a los Filipenses	Fl	299
Carta a los Colosenses	Col	304
Carta a Filemón	Filem	309
1 Carta a los Tesalonicenses	1 Tes	310
2 Carta a los Tesalonicenses	2 Tes	314
1 Carta a Timoteo	1 Tim	317
2 Carta a Timoteo	2 Tim	322
Carta a Tito	Ti	326
Carta a los Hebreos	Heb	328
Carta de Santiago	Stgo	341
1 Carta de Pedro	1 P	347
2 Carta de Pedro	2 P	352
Carta de Judas	Jud	355
1 Carta de Juan	1 Jn	357
2 Carta de Juan	2 Jn	364
3 Carta de Juan	3 Jn	365
Apocalipsis	Ap	366